

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN
DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

El Domingo de la Palabra de Dios

¡Bienaventurado el que escucha
la Palabra de Dios!
(cf Lc 11,28)

Subsidio
litúrgico-pastoral

23 de enero de 2022



SAN PABLO



Un agradecimiento especial a:

Dra. Elena Bosetti, sjbp

Instituto de Teología para la Vida Consagrada «Claretianum»

Dra. Rosalba Manes

Pontificia Universidad Gregoriana

Dr. Gregorio Vivaldelli

Estudio Teológico Académico de Trento

Mtro. William Segura Sánchez, Presb

Universidad Católica de Costa Rica

S.E.R. Mons. Florencio Armando Colín Cruz

Obispo de Puerto Escondido, México

Referencias iconográficas:

© Vatican Media: portada, pág. 11;

© Getty Images: pág. 70;

© Shutterstock.com: pág. 6, 24, 28, 30,
35, 43, 46, 48, 53, 56, 60, 68, 81, 84, 91

© SAN PABLO 2021 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)

Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723

E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - www.sanpablo.es

© Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán), 2022

Título original: *Domenica della Parola di Dio. Sussidio liturgico-pastorale 2022*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial

Resina, 1. 28021 Madrid

Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050

E-mail: ventas@sanpablo.es

ISBN: 978-84-285-6446-5

Depósito legal: M. 33.190-2021

Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)

Printed in Spain. Impreso en España

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.conlicencia.com).

Introducción 4

La Palabra de Dios en comunidad 7

Algunas consideraciones prácticas 8

Acoger la Palabra de Dios en comunidad 12

Lectio divina sobre el Evangelio

del III Domingo del Tiempo Ordinario 16

La voz de los Padres de la Iglesia 26

La Palabra de Dios en familia 29

Acoger la Palabra de Dios en familia 30

Lectio divina sobre el Evangelio

del III Domingo del Tiempo Ordinario 34

Propuesta pastoral.

Comentario del Evangelio de cada día en Internet 42

La Palabra de Dios en la oración personal 47

El método de la lectura popular y comunitaria de la Biblia 48

Lectura popular y comunitaria del Evangelio

del III Domingo del Tiempo Ordinario 52

Testimonio: La Palabra de Dios puede cambiar el corazón 64

Apéndice: Iglesia y Palabra de Dios 69

La voz de los Papas 70

Aspectos bíblicos sobre el Ministerio del Lectorado 74

La Palabra de Dios en la vida de la familia 82

Solo quien escucha puede anunciar:

Palabra de Dios y Catequesis a la luz del nuevo *Directorio* 88

El logo del Domingo de la Palabra de Dios 94

El texto que el Papa Francisco ha elegido para el *Domingo de la Palabra de Dios* es sumamente expresivo para la vida de la comunidad cristiana. El evangelista Lucas inserta estas palabras de Jesús como conclusión de un discurso en el que se puede ver de nuevo unidas la acción mesiánica de Jesús y su enseñanza. El capítulo se abre con la petición hecha por un discípulo de que les enseñe a orar como el Bautista había hecho también con sus discípulos. Jesús entonces enseña la más bella oración que todos los cristianos han utilizado siempre para reconocerse como hijos de un solo Padre.

El *Padrenuestro* no es solo la oración de los creyentes que afirman tener una relación filial con Dios a través de Jesús, sino que constituye también la síntesis del renacimiento a una vida nueva en la que cumplir la voluntad del Padre, que es la fuente de la salvación. En una palabra, es la síntesis de todo el Evangelio.

Las palabras de Jesús invitan a quienes oran con esas expresiones a dejarse implicar en un «nosotros» indicativo de una comunidad: «Cuando oréis, decid» (Lc 11,2), y permiten percibir por parte de sus discípulos una firme voluntad de orar como expresión de toda su existencia. La oración, por tanto, no es cuestión de un momento, sino que im-

plica toda la jornada de un discípulo del Señor. Requiere la alegría del encuentro y la perseverancia. Por eso el Señor continúa diciendo: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá» (Lc 11,9). Nada queda sin ser escuchado por el Padre cuando se pide en nombre del Hijo.

La enseñanza de Jesús, en todo caso, es evidente en su acción y en su testimonio. En nuestro contexto, el evangelista incorpora un exorcismo. Un hombre que había quedado mudo, ahora recupera el habla ante el poder de Cristo. Sin embargo, el asombro y el entusiasmo de la multitud no consiguen detener la insolencia de algunos que no interpelan a Jesús por su actividad taumatúrgica, sino por su origen: «Por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios, echa los demonios» (Lc 11,15). Tentación despiadada y engañosa de quienes no pretenden acoger en su vida la fuente de la salvación a través del amor, sino que se empeñan en seguir ligados a la ley y a sus obras. La reacción de Jesús es una enseñanza más sobre su origen divino, pero al mismo tiempo es una invitación apremiante a cuantos creen en él a no dejarse vencer por la presencia del mal y por los servidores de la violencia, porque el Reino de Dios está claramente en medio de nosotros con sus frutos.

Todo este contexto lleva a una mujer allí presente a exclamar con convicción: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron» (Lc 11,27). La respuesta de Jesús es inmediata. Aunque permite que alaben a su madre, invita a los creyentes a que dirijan la mirada más allá. A la proclamación de la bienaventuranza une la escucha de la Palabra de Dios con su puesta en práctica. Se abre ante nosotros un doble horizonte. Por una parte, la existencia cristiana se caracteriza por la escucha de la Palabra de Dios. Ella ofrece un sentido tan profundo que ayuda a comprender nuestra presencia en medio de los altibajos del mundo. Siempre será una dura lucha entre los que se adhieren a la Palabra y los que se oponen a ella. Endulzar esta condición puede dar a los cristianos un papel social más remunerado, pero los hará insignificantes, porque al final seguirán siendo «tontos» y estarán sometidos. Se volverán como la sal que pierde su sabor y serán pisoteados y rechazados incluso por aquellos a los que han esclavizado (cf Mt 5,13). Ilusión de la que debemos rehuir con convicción para no hacer vano el Evangelio de la salvación. Por otra parte, no basta solo escuchar la Palabra de Dios. Jesús añade un verbo decisivo que implica «conser-

var» esta palabra en uno mismo mediante su observancia. Es constitutivo del anuncio cristiano dar testimonio de ella. Custodiar la Palabra equivale a hacer que se convierta en una semilla que da fruto a su debido tiempo (cf Lc 8,15). Su eficacia, sin embargo, no depende tanto del compromiso personal, sino de la fuerza que brota de esa Palabra divina.

La Palabra de Dios, por tanto, se traduce en la «voluntad de Dios», y viceversa, esta se convierte en su Palabra que obra la salvación. La comunidad cristiana, en consecuencia, se convierte en el lugar privilegiado donde se puede escuchar y vivir de esta Palabra, porque en la comunidad los cristianos son verdaderamente hermanos y hermanas que se apoyan los unos a los otros viviendo en el amor. El *Domingo de la Palabra de Dios*, como puede verse, permite nuevamente a los cristianos reforzar la tenaz invitación de Jesús a escuchar y valorar su Palabra para ofrecer al mundo de hoy un testimonio de esperanza que le permita ir más allá de las dificultades del momento presente.

+ RINO FISICHELLA

La Palabra de Dios en comunidad

«Para favorecer la escucha de la Palabra de Dios no se han de descuidar aquellos medios que pueden ayudar a los fieles a una mayor atención... Se debe prestar una atención especial al ambón como lugar litúrgico desde el que se proclama la Palabra de Dios».

(Verbum Domini, 68)



En vista de la actual situación de pandemia, se recomienda a los organizadores del *Domingo de la Palabra de Dios* revisar siempre la normativa sanitaria vigente y adaptar en consecuencia el desarrollo comunitario de la iniciativa.

Para vivir de forma fructífera el *Domingo de la Palabra de Dios* en comunidad, es esencial prepararlo con suficiente antelación. Es bueno que los preparativos se extiendan desde el nivel espiritual (la oración personal y comunitaria por el éxito y la apertura de corazón a la Palabra de Dios) hasta el nivel material (planificación adecuada, correspondiente a la vida de la propia comunidad).

CREAR UN GRUPO RESPONSABLE

El primer paso es establecer un grupo de personas que puedan organizar y coordinar el desarrollo de las iniciativas pastorales para este *Domingo*. La tarea de este grupo de personas será:

- Rezar por el éxito de las iniciativas;
- programar las diversas iniciativas (presentar propuestas para diferentes grupos de edad, organizar un momento de carácter cultural, histórico y bíblico, etc.);

- elegir otras personas adecuadas para la ejecución práctica del programa;
- presupuestar eventuales gastos;
- preparar el material necesario;
- difundir la información sobre este *Domingo*;
- llegar a las personas con dificultades (enfermos, residencias de ancianos, hospitales, cárceles, asociaciones benéficas...);
- involucrar, en la medida de lo posible, a personas de otras religiones y confesiones cristianas, así como a los no creyentes.

PREPARARSE ESPIRITUALMENTE

Es útil recordar, en primer lugar, que la Biblia no es solo un texto de alto valor cultural, moral, histórico, social o artístico, capaz de inspirar el pensamiento del hombre de hoy. La Biblia contiene la Palabra de Dios que es «viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón» (Heb 4,12).

Para encontrarse con la Palabra viva es necesario concentrarse sobre todo en la preparación espiritual, pi-

diendo la apertura de corazón para nosotros y para aquellos a quienes se anunciará durante el *Domingo de la Palabra de Dios*. Por consiguiente, los preparativos para la programación de la iniciativa requieren necesariamente que se parta de la oración individual y comunitaria.

Las comunidades, al menos una semana antes del *Domingo de la Palabra de Dios*, podrían incluir en la oración de los fieles una intención dedicada al éxito de esta iniciativa.

Los miembros del grupo responsable, así como los catequistas, evangelizadores y otras personas responsables de la proclamación del Evangelio, podrían organizar un momento de Adoración silenciosa al Santísimo Sacramento, ofreciéndola por la celebración del *Domingo de la Palabra de Dios*.

PROGRAMAR LAS ACTIVIDADES

Conviene que las diversas actividades programadas para el desarrollo de esta iniciativa estén dirigidas tanto a las comunidades como a las personas individuales, recordando siempre que la Biblia es la *Palabra de Dios viva* y que su indudable valor cultural tiene múltiples connotaciones.

INVOLUCRAR A LOS FIELES

La información concerniente al *Domingo de la Palabra de Dios* requiere divulgarse con una gran anticipación para llegar al mayor número de personas posible.

Sin duda, la invitación personal es la forma más directa de informar a la gente sobre esta iniciativa.

Se pueden utilizar también carteles y folletos, que pueden distribuirse fácilmente a las personas y colocarse en los tableros de anuncios.

Las *redes sociales* como Facebook, Twitter, WhatsApp y otras aplicaciones se podrán utilizar para difundir ampliamente las actividades programadas.

VIVIR EL DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

Es importante fomentar el encuentro personal y comunitario con la *Palabra viva*. Estamos llamados a convertirnos en instrumentos en las manos del Señor, recordando que, «como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será la palabra que sale de mi boca: no vol-



verá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo» (Is 55,10-11).

CONTINUAR LA EXPERIENCIA DE LA PALABRA DE DIOS

Termina el *Domingo*, pero conviene recordar que la Palabra de Dios no deja de obrar en nuestros corazones, por ello sería oportuno crear espacios formativos (por ejemplo: la *Lectio divina* semanal o mensual, un grupo bíblico, etc.) donde se pueda continuar el encuentro con la Palabra de Dios, ofreciendo la posibilidad de una formación permanente de los fieles.

A continuación se presentan algunas propuestas pastorales que pueden ayudar a subrayar la importancia del *Domingo de la Palabra de Dios* en comunidad. Dependiendo del contexto de cada comunidad, se pueden desarrollar otras como: Institución de lectores por parte del Obispo, *Lectio* continua de un texto bíblico, entrega de la Palabra en diferentes ámbitos, momentos culturales de profundización, audio-teatro sobre personajes bíblicos, momentos formativos, celebraciones ecuménicas.



Ahora se propone un Rito de entronización de la Palabra de Dios, que podría resultar más apropiado especialmente en la cambiante situación epidemiológica. Sin embargo, a criterio del Obispo local y del párroco, se pueden introducir otros gestos que subrayen la importancia de la Palabra de Dios en la comunidad celebrante –de acuerdo, por supuesto, con las indicaciones litúrgicas vigentes sobre la celebración de los sacramentos y, sobre todo, de la Eucaristía–.

De todos modos, conviene tener presente que el Rito de entronización que aquí se ofrece es una propuesta, y no debe aplicarse paso a paso a la liturgia celebrada, sin tener en consideración las necesidades particulares que puedan existir en una comunidad parroquial o diocesana concreta.

Es deseable que el Rito de entronización tenga lugar, al menos una vez, durante la celebración eucarística más solemne del Domingo de la Palabra de Dios.

Junto al altar o el ambón, o en otro lugar especialmente dispuesto (una capilla), prepárese un lugar que sea visible para toda la asamblea, elevado y decorado, donde se pueda colocar el texto sagrado.

La santa Misa comienza de manera habitual: se debe favorecer, según las

posibilidades, la procesión solemne con el incensario, la naveta, la cruz y las velas, llevando el Evangelionario según las costumbres de la Iglesia romana.

ACTO PENITENCIAL

Tras el saludo inicial se introduce con estas u otras palabras similares:

«Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» –dice el Señor a los habitantes de Nazaret que están en la sinagoga–. Así, Jesús recuerda que la Palabra de Dios es dinámica. No es un libro que, una vez leído, se cierra y se guarda en una estantería, sino que es una presencia viva capaz de transformar y santificar nuestra vida. Abrir la Biblia significa encontrar personalmente a Dios que se dirige a mí para revelarme su existencia y su presencia en mi vida.

En este día, la Iglesia celebra el Domingo de la Palabra de Dios: abrámonos a la presencia de Dios que, a través de su Palabra, quiere revelarse a nosotros y habitar en medio de nuestras comunidades.

A fin de acoger dignamente su presencia durante esta celebración, pidamos ahora el perdón de nuestros pecados.

Sigue el acto penitencial, que podría ser el siguiente:

C. El Señor Jesús, que nos invita a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, nos llama ahora a la conversión. Reconozcamos, pues, que somos pecadores e invoquemos con esperanza la misericordia de Dios.

C. Tú que eres la Palabra de Dios hecha carne: Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

C. Tú que devuelves la vista a los ciegos con la fuerza de tu Palabra: Cristo, ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

C. Tú que liberas nuestras vidas del pecado: Señor ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

C. Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

Se canta el Gloria y luego comienza la Liturgia de la Palabra como de costumbre.

ENTRONIZACIÓN

Para la proclamación del Evangelio, se lleva procesionalmente el Evangelionario desde el altar hasta el ambón, donde es incensado. Al final de la lectura del

Evangelio, el ministro, después de haber besado el texto sagrado, lo lleva procesionalmente al trono, donde lo coloca abierto y lo inciensa.

Un comentarista explica el gesto con estas o similares palabras:

El libro que contiene la Palabra de Dios es llevado solemnemente y colocado en el trono. Es un gesto simbólico con el que no solo elevamos la Sagrada Escritura en medio de nuestra comunidad orante, sino que también manifestamos nuestra voluntad de ponerla en primer lugar en nuestras vidas. Así, la Palabra de Dios se convierte en el faro de nuestra existencia, iluminando nuestras decisiones e inspirando nuestras acciones según la voluntad de Dios.

Sigue la homilía y la santa Misa como de costumbre.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Se podría utilizar la siguiente oración de los fieles, modificándola según las necesidades de la comunidad:

C. Hermanos y hermanas, en Jesucristo se cumplen las Sagradas Escrituras



y nuestras vidas encuentran su realización. Presentemos nuestras intenciones a Dios Padre, para que vivamos plenamente su Palabra.

C. Oremos juntos y digamos: «¡Oh Padre, que tu Palabra se cumpla en nosotros!».

1. «El Espíritu del Señor está sobre mí porque él me ha ungido». Que el Papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos apoyen con valentía a todos los que viven en situaciones

de esclavitud espiritual y material. Oremos.

2. «El Espíritu del Señor está sobre mí, para evangelizar a los pobres». Que todos los bautizados, guiados por el Espíritu Santo, se conviertan en anunciadores de la Buena Noticia para las personas que encuentren en su vida cotidiana, especialmente para los más necesitados. Oremos.
3. «El Espíritu del Señor está sobre mí, para proclamar a los cautivos la libertad». Que los lectores, los cate-

quistas y todos los que difunden la Palabra de Dios en las comunidades compartan la fe, el amor y la esperanza con todos los que están solos, desesperados, enfermos y abrumados por el peso de la vida. Oremos.

4. «El Espíritu del Señor está sobre mí, para proclamar el don de la vista a los ciegos». Que cada uno de nosotros abra el corazón a la presencia divina que nos ilumina y guía, a través de su Palabra, a las fuentes de la vida eterna. Oremos.

C. Te damos gracias, oh Padre, por tu Hijo que has enviado en medio de nosotros. Haz que con la gracia del Espíritu Santo sepamos acogerlo en nuestros corazones. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

BENDICIÓN SOBRE EL PUEBLO

La celebración se puede concluir impartiendo la siguiente bendición:

C. Dios os bendiga con todas las bendiciones del cielo y os haga puros y santos a sus ojos.

R. Amén.

C. Derrame sobre vosotros las riquezas de su gloria y os instruya con las palabras de la verdad.

R. Amén.

C. Os ilumine con el Evangelio de la salvación y os haga gozar en la caridad fraterna.

R. Amén.

C. Y la bendición de Dios todopoderoso, + Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre.

R. Amén.



Lectio divina sobre el Evangelio del III Domingo del Tiempo Ordinario

PREPARACIÓN A LA ESCUCHA (STATIO)

Preparémonos para escuchar con todo el corazón la Palabra que se nos regala. No es fácil lograr el silencio interior; a veces nuestra buena voluntad no es suficiente, estamos atrapados en tantas cosas y presiones, perturbados por pensamientos negativos, preocupaciones e inquietudes. Pongámonos tal como somos ante el Señor; en comunión con todos nuestros hermanos y hermanas regenerados por la semilla incorruptible de la Palabra viva (cf 1Pe 1,23). Invoquemos la gracia del Espíritu Santo y la intercesión de María, que es «bienaventurada» porque ha creído plenamente en la Palabra (cf Lc 1,41-45). Que también nosotros, con la gracia del Espíritu, podamos acoger la Palabra con fe, hacerla carne en nuestra vida y proclamarla con alegría como Palabra que salva.

Oramos

Ven, Espíritu Santo, comunión viva del Padre y del Hijo. Ven, Espíritu Creador; Tú que hablaste a través de los Profetas y concebiste a la Palabra en el seno de la Virgen. Ven, Tú que descendiste sobre Jesús en el Bautismo y lo consagraste para anunciar la buena nueva a los pobres, liberar a los oprimidos y llevar la alegría y la salvación a todos. Ven

a nosotros, como bálsamo para nuestras heridas; ven, dulce consolador, danos un corazón nuevo, comprensivo y tierno. Concédenos saber escuchar-nos humildemente los unos a los otros; concédenos saber perdonarnos y estar abiertos a acoger tu novedad en la historia que estamos viviendo. Enséñanos a reconocer tu Presencia en lo que nos sucede; enséñanos a reconocer al Verbo encarnado en cada hermano y hermana, especialmente en los pequeños, los pobres, los afligidos y los despreciados. Te alabamos y te damos gracias por habernos convocado *hoy* para escuchar tu Palabra. Amén.

PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA

Del Evangelio según san Lucas (Lc 1,1-4; 4,14-21)

«Ilustre Teófilo: Puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros, como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la palabra, también yo he resuelto escribírtelos por su orden, después de investigarlo todo diligentemente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido. En aquel tiem-

po, Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de





gracia del Señor". Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: "Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír"».

LECTURA ORANTE (LECTIO)

Composición del lugar: En primer lugar, tratemos de «ambientarnos» en la escena descrita por el evangelista, utilizando nuestra imaginación. No tenemos miedo de usar nuestra imaginación; san Ignacio de Loyola nos invita a valorarla para implicarnos plenamente. Quien haya peregrinado a Nazaret puede activar su memoria, pero todos podemos cerrar los ojos durante un momento e imaginarnos en la sinagoga de Nazaret que Jesús frecuentó desde su infancia, donde se formó y creció en la escucha de las Escrituras.

No es un día cualquiera; es sábado, día festivo y el pueblo está reunido para la asamblea litúrgica. Hay una gran expectación: ¿Qué dirá Jesús?

Leamos y releamos el texto sin prisa, como un buen alimento que hay que saborear y asimilar, como agua de manantial que sacia el alma.

MEDITACIÓN (MEDITATIO)

Entremos en un diálogo orante con la Palabra que hemos escuchado, como hizo María de Nazaret, que guardó las palabras relativas a Jesús «meditándolas en su corazón» (cf Lc 2,19.51). Dejémonos interpelar por la Palabra: ¿Qué dice hoy a mi vida, a nuestra familia, a nuestra comunidad? Tratemos de analizar la pregunta de forma más concreta deteniéndonos en algunos aspectos que emergen del texto y del contexto lucano.

El contexto: guiado por el Espíritu

El contexto de Lc 3,21–4,15 permite captar un profundo vínculo entre el Bautismo, el descenso del Espíritu Santo y la misión de Jesús, el Hijo amado que se deja guiar plenamente por el Espíritu, que lo conduce primero al desierto (Lc 4,1) y luego lo hace volver a Galilea, después de haber superado victoriosamente las tentaciones: «Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu» (Lc 4,14). Toda la actividad de Jesús se desarrolla en plena docilidad al Espíritu y en la misma perspectiva Lucas verá desarrollarse la misión de la Iglesia bautizada en el Espíritu de Pentecostés. De hecho, no son simplemente Pedro y los apóstoles quienes deciden lo que hay que hacer, sino «el Espíritu

Santo y nosotros» (He 15,28); y no son simplemente Pablo y sus compañeros quienes deciden el camino de la evangelización, sino «el Espíritu de Jesús» que se manifiesta en situaciones a veces desfavorables (cf He 16,7). Siguiendo a Jesús «lleno del Espíritu Santo» (Lc 4,1), los bautizados están llamados a «caminar en el Espíritu» (Gál 5,16), a dejarse guiar en todo por el Espíritu. Podemos entonces preguntarnos: ¿Cómo vivimos nuestra relación con el Espíritu Santo que hemos recibido en el Bautismo y la Confirmación? ¿Nuestras decisiones y planificaciones están precedidas por la oración y el discernimiento en el Espíritu? El Papa Francisco nos exhorta a ser *Evangelizadores con Espíritu*, «que se abren sin miedo a la acción del Espíritu Santo» (*Evangelii gaudium*, 259).

En el corazón de la liturgia

Estamos en el corazón de la liturgia matutina del sábado. Cuando Jesús se levanta en la sinagoga de Nazaret para hacer la lectura profética, se supone que ya se ha hecho la lectura de la *Torá* y las oraciones incluidas en la primera parte del rito. Es en el rollo del profeta Isaías donde Jesús encuentra el pasaje fundacional de su misión. Pero el evangelista Lucas nos sorprende porque el pasaje citado no se encuentra

así en la Biblia, no es una cita literal, sino un entrelazamiento de diferentes pasajes con omisiones significativas.

La cita de Is 61,1-2 incorpora una expresión de Is 58,6 que refuerza el tema de la liberación y omite la segunda parte de Is 61,2 que anuncia «el día de la venganza de nuestro Dios». Se detiene deliberadamente en la primera parte del versículo que proclama «el año de gracia del Señor». Es el Jubileo, tiempo de gracia y de misericordia, tiempo de alegría y de fraternidad, año sabático que prevé la condonación de las deudas y el descanso de la tierra que volverá a ser entregada en usufructo a los pobres (cf Lev 25,10). Quién sabe cuántas veces los fieles judíos habrán escuchado y rezado estas palabras proféticas que anuncian la gracia, la misericordia, la justicia y la fraternidad. Observemos que el texto profético habla directamente, no en tercera persona, sino en primera: «El Espíritu del Señor está sobre mí; por eso *me* ha ungido y *me* ha enviado...». Pero de quién habla el profeta, «¿dice esto de sí mismo o de otro?» (cf He 8,34).

El hoy de Jesús

Momentos de silencio y respiración suspendida. Jesús enrolla el pergamino (él lo abre, él lo cierra), lo devuelve al asistente y se sienta (la lectura se ha-



ce de pie, la homilía sentado). Los ojos de todos están puestos en él. ¿Qué dirá en la homilía? Pero Jesús no predica, no comenta el texto, sino que declara su cumplimiento: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4,21). Jesús mismo es el cumplimiento de la Escritura, es el consagrado con la

unción del Espíritu, enviado a llevar la buena noticia a los pobres. Él mismo es el «jubileo» que perdona las deudas, libera a los presos, hace regocijarse a los pobres y respirar a la madre tierra, que también necesita descanso y liberación.

En la sinagoga de Nazaret resuena el verbo de la plenitud: hoy «se ha cum-

plido» (*peplérôtai*) esta Escritura. Es el mismo verbo que abre la predicación de Jesús en el evangelio de Marcos: «El tiempo se ha cumplido» (*peplérôtai*, Mc 1,15). El tiempo de la promesa se abre al «hoy» de Jesús, un «hoy» que recorre todo el evangelio de Lucas, desde Belén hasta la cruz: «*hoy*, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador», dice el ángel a los pastores (2,11); «*hoy* ha llegado la salvación a esta casa», dice Jesús a Zaqueo (19,9); «*hoy* estarás conmigo en el paraíso», responde Jesús al malhechor crucificado junto a él (23,43).

Nótese el paso de los «ojos» a los «oídos». Del *ver* al *escuchar*. Los fieles presentes en la sinagoga querían *ver* («los ojos de todos estaban fijos

en él»), pero Jesús los reconduce al primado bíblico de la *escucha*: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (literalmente: «en sus oídos»). También a nosotros hoy se nos plantea el reto de pasar de la curiosidad de ver a la fe que nace de la escucha de la Palabra (cf Rom 10,17). ¡Activemos, pues, la «bienaventuranza de la escucha»! Solo quien escucha la Palabra con fe, con todo el corazón y con toda la vida, podrá ser testigo y pregonero creíble.

Palabra de alegría y de liberación

En la siguiente parte de la perícopa, observamos que la primera reacción de los fieles de la sinagoga de Nazaret, tras escuchar las palabras de Jesús, es de asombro: «Todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca» (Lc 4,22a). El Evangelio es una bella noticia, es alegría contagiosa que brota del corazón de Cristo, es consuelo y liberación profunda que nace del amar y del dejarse amar, del dar y perdonar, del cuidar de los otros, especialmente de las personas más frágiles y necesitadas, con profundo respeto y aceptación de las diferencias, con responsabilidad y ternura.

El «jubileo» que Jesús vino a inaugurar no deja tranquilos a los que quieren seguirlo, hombres y mujeres. Es un jubileo que despierta el corazón y la mente, que hace abrir los ojos ante las injusticias, ante las pobreza negadas, ante las situaciones dolorosas e insostenibles de tantos hermanos y hermanas, ante las heridas que se infligen continuamente a la madre tierra. No es una alegría superficial y no puede ser una alegría mezquina, que se deja encerrar en círculos estrechos, reservados a unos pocos privilegiados. La alegría del Evangelio se mezcla con las lágrimas de los pobres y de los que





sufren, no tolera los abusos ni la violencia, desafía la hipocresía y toda forma de opresión, incluso la religiosa: «¡Ay de vosotros también, maestros de la ley, que cargáis a los hombres cargas insoportables, mientras vosotros no tocáis las cargas ni con uno de vuestros dedos!» (Lc 11,46). El Evangelio de Jesús es esencialmente liberación: «Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento» (EG 1). Liberación y alegría no solo para los humanos, que están llamados a ser todos «hermanos», sino también para la madre tierra, que tiene derecho a un tiempo sabático para descansar y regenerarse, un año de gracia en el que los deudores puedan respirar porque sus deudas serán perdonadas y los pobres podrán alegrarse porque también a ellos se les concederá una porción de tierra, como es justo que sea.

Palabra que ilumina y sana

A los mensajeros enviados por Juan el Bautista, que en la cárcel experimentaba dudas sobre la identidad mesiánica de Jesús, él responde haciendo hablar a los signos del Evangelio, que atestiguan el cumplimiento de las palabras del Profeta: «Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y

los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados» (Lc 7,22; cf Is 26,19; 35,5-6; 42,7; 61,1). Luz para los ciegos, un camino veloz en lugar de uno renqueante, porque el Señor renueva las fuerzas, «me da piernas de gacela, y me hace caminar por las alturas», dice el profeta (Hab 3,19).

La imagen de la luz se asocia con frecuencia a la Palabra en la Biblia: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 119,105). Cristo mismo es la Palabra que ilumina, es «la luz verdadera que alumbra a todo hombre» (Jn 1,9). Quien escucha su palabra es arrancado de las tinieblas y trasladado al reino de la luz. Con la predicación de Jesús en la Galilea los gentiles, surge la luz: «El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló» (Mt 4,6). ¿No es la ignorancia de Dios y de su amor la oscuridad más profunda? Los regenerados en Cristo han pasado de *las tinieblas a la luz* esplendorosa de Aquel que los ha llamado para una misión específica: anunciar el Evangelio, proclamar las obras maravillosas del Señor (cf 1Pe 2,9).

¿Cómo está de viva en nosotros la conciencia de que somos portadores de una luz que no viene de nosotros, sino de la Palabra que nos ha «rege-

nerado» para un amor fraterno sin hipocresía? (cf 1Pe 1,22-25). ¿Cómo vivimos el Evangelio de la fraternidad?

Palabra que anima y consuela

En la Biblia, la expresión «evangelizar», «anunciar la buena noticia», aparece por primera vez con el trasfondo del éxodo de Babilonia, estrechamente vinculado al tema de la consolación. El Señor dice: «Consolad, consolad a mi pueblo; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio... ¡Súbete a un monte elevado, heraldo de Sion!; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas» (Is 40,1-2.9). Cada uno de nosotros está llamado a ser mensajero/mensajera de bellas noticias. Podemos hacerlo a través de las redes sociales, con un mensaje de alegría y esperanza, pero estamos llamados a hacer algo más, a convertirnos en un mensaje que «hable al corazón», que aporte ánimo y consuelo. El profeta dice: «El Señor me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados» (Is 61,1). Hoy el mundo está lleno de hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos, que sufren interiormente, sus almas están rotas, sus corazones desgarrados. Hay quienes nunca han visto la paz desde que nacieron, sino solo la guerra, el hambre, la miseria. La pan-

demia ha extendido el sufrimiento y el miedo, la angustia y la soledad. Somos enviados para consolar y animar, para vendar tiernamente las heridas del corazón, con la unción y el bálsamo espiritual. El apóstol Pablo nos invita a consolarnos los unos a los otros con el mismo consuelo con el que somos consolados por Dios: «Padre misericordioso y Dios de todo consuelo» (cf 2Cor 1,3-5). Si acogemos el consuelo que nos viene de Dios a través de su Palabra, podemos a su vez consolar con las palabras y los sentimientos de Dios que se preocupa por cada una de sus criaturas. El Papa Francisco nos dice que «el cuidado es una regla de oro de nuestra humanidad y trae consigo salud y esperanza (cf LS 70) [...]». Este cuidado abraza también a nuestra casa común: la tierra y cada una de sus criaturas. Todas las formas de vida están interconectadas, y nuestra salud depende de la de los ecosistemas que Dios ha creado y que nos ha encargado cuidar» (*Audien- cia general*, 16 de septiembre de 2020).

ORACIÓN (ORATIO Y CONTEMPLATIO)

Después de haber escuchado y meditado el pasaje del Evangelio, hagamos un espacio para la oración y la con-



templación. No se trata de recitar alguna oración, sino de «orar» la Palabra escuchada y meditada para que esta se implemente en nuestra vida.

- Pidamos al Padre que nos haga saborear la alegría de ser sus hijos e hijas. Agradecámosle el habernos dado la «unción» del Espíritu por el

cual también nosotros somos «cristianos», somos «cristificados».

- Agradezcamos al Espíritu Santo que habita en nosotros y grita dentro de nosotros «¡Abba, Padre!» (cf Rom 8,15).
- Pidamos a Jesús que nos dé sus sentimientos, su pasión por el Evangelio y por el pueblo de Dios, especialmente

por los últimos, los pobres, los pequeños, las ovejas cansadas y perdidas.

Dejamos que la Palabra llegue a lo más profundo de nuestro corazón y lo encienda. Con san Bernardo de Claraval, gran maestro de vida espiritual, que también es venerado como santo por las iglesias anglicana y luterana,

pedimos que la Palabra se haga carne en nuestras vidas: «¡Que no sea una palabra que pasa velozmente en cuanto se dice, sino una palabra concebida para habitar; revestida de carne y no de aire fugaz! Que no sea una palabra escrita y muda, sino encarnada y viva; no una palabra grabada con caracteres fijados en un pergamino muerto, sino impresa en forma humana en mi vientre casto; trazada no por una pluma, sino por obra del Espíritu Santo».

DISCERNIMIENTO Y ACCIÓN (DELIBERATIO Y ACTIO)

La dinámica de la Palabra no se detiene en el monte Tabor. Es decir, en la contemplación, aunque sea la cumbre de la *Lectio divina*, necesita mezclarse con la historia, convertirse en «acción», acción transformadora. ¡Contemplativos en acción! Desde el monte de la contemplación/transfiguración descendemos con Jesús para «cuidar» de nuestros hermanos y hermanas, de la madre tierra y de toda criatura, anunciando el Evangelio con la vida. En esta perspectiva, ¿qué opción concreta, qué decisión me insta a tomar la Palabra? ¿Qué me pide «hoy» para que la alegría del Evangelio habite en mí y contagie al mundo?



En la presente edición damos voz a san Agustín de Hipona. Nació en Tagaste el 13 de noviembre del 354 y murió en Hipona el 28 de agosto del 430. Se le considera el «Doctor de la Gracia» y defensor de la fe frente a las herejías de los maniqueos, donatistas y pelagianos. A continuación recogemos su comentario sobre algunos versículos del Salmo 18, que serán proclamados en la *Liturgia de la Palabra* del III Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo C.

COMENTARIO DE SAN AGUSTÍN

«Manifestación del Cristo»

(Sal 18,8.9.10.15)

«La ley del Señor es inmaculada, reconforta el alma. Él mismo es la Ley del Señor, porque ha venido a cumplir la Ley, no a derogarla; y es Ley inmaculada porque no ha cometido pecado, ni se ha encontrado engaño en su boca, y no somete a las almas bajo el yugo de la servidumbre, sino que las convierte en libertad a imitación de sí mismo.

Fiel es el testimonio del Señor que confiere la sabiduría a los pequeños. Fiel es el testimonio del Señor, pues nadie ha conocido al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo ha querido revelarlo; estas cosas están

ocultas a los sabios y se revelan a los pequeños, porque Dios rechaza a los soberbios mientras da la gracia a los humildes.

Los preceptos del Señor son rectos; alegran el corazón. Todos los preceptos del Señor son rectos en Él, ya que no enseñó nada que no hiciera Él mismo, de modo que quienes lo imiten puedan alegrarse de corazón por las cosas que hacen libremente por amor y no servilmente por temor.

El mandamiento del Señor es claro, ilumina los ojos: transparente es el mandamiento del Señor que, sin el velo de las observancias carnales, ilumina el rostro del hombre interior.

El temor del Señor es puro y eternamente estable: el temor del Señor, no ese que está bajo la ley del castigo y que tiene terror a que le sean quitados los bienes temporales, en cuyo amor fornicaba el alma; sino ese temor puro con el que la Iglesia, cuanto más ardientemente ama a su esposo, más diligentemente teme ofenderle; y por eso el amor perfecto no expulsa este temor que, en cambio, permanece eternamente.

Los juicios del Señor son verdaderos, justos en sí mismos: los juicios de aquel que no juzga a nadie,

sino que ha dado al Hijo todo el poder de juzgar, ciertamente, son inmutablemente justos. Porque Dios ni ha engañado a alguien amenazando o prometiendo, ni alguno puede quitar a los malvados el tormento, ni a los piadosos la recompensa que él da.

Más deseables que el oro y muchas piedras preciosas: aunque el oro y las piedras en sí sean muy preciosos y muy deseables, sin embargo, los juicios de Dios son más deseables que las pompas de este siglo, cuyo deseo hace que los juicios de Dios no sean deseados, sino temidos o despreciados o no creídos. Y si alguno es, él mismo, oro o piedra preciosa, tanto como para no ser consumido por el fuego, sino para ser parte del tesoro de Dios, entonces, deseará más que a sí mismo los juicios de Dios, cuya voluntad antepone a la suya.

Y más dulces que la miel y el panal: y si uno es ya miel, en el sentido de que, desatado ya de las ataduras de esta vida, espera el día en que pueda acudir al banquete de Dios; o si es todavía panal, es decir, envuelto por esta vida como por cera, no mezclándose con ella sino llenándola, y necesitado de cierta presión de la mano de Dios, que no oprime sino que extrae, para poder pasar

purificado de la vida temporal a la eterna; pues bien, para él son más dulces los juicios de Dios que sí mismo, porque para él son más dulces que la miel y el panal.

Y las palabras de mi boca encontrarán favor, y la meditación de mi corazón estará siempre ante ti: la meditación de mi corazón no está destinada a complacer a los hombres, pues la soberbia está ya anquilada; pero está siempre ante ti, pues tú escudriñas la conciencia pura.

Señor, mi ayuda y mi redentor: Señor, tú me ayudas porque tiendo hacia ti; porque me has redimido a fin de que tienda hacia ti; nadie atribuya a su sabiduría el convertirse a ti, ni a sus propias fuerzas el llegar a ti, si no desea ser rechazado aún más por ti, que resistes a los soberbios; de hecho, este no se ha purificado del gran pecado, ni encuentra favor ante ti, que nos redimes para que nos convirtamos, y nos ayudas para que lleguemos a ti».

Comentario al Salmo 18.
Exposición I.

A photograph of a family outdoors. A woman with long brown hair, wearing a white lace-trimmed top, is looking up at a baby. A man in a blue denim shirt is smiling in the background. The baby, wearing a pink and white striped dress, is being held up by the woman's hands. The background is a soft-focus green and white, suggesting a garden or park setting.

La Palabra de Dios en familia

«En efecto, con el anuncio de la Palabra de Dios, la Iglesia revela a la familia cristiana su verdadera identidad, lo que es y debe ser según el plan del Señor».

(Verbum Domini, 85)

Durante el Domingo de la Palabra de Dios, toda la familia se reúne alrededor de la mesa principal de la propia casa, donde se colocan el crucifijo, una imagen de la Virgen, una vela y la Biblia. Uno de los miembros de la familia enciende la vela y dice:
La luz de Cristo.

Todos responden:
Demos gracias a Dios.



A continuación, otra persona introduce la oración al Espíritu Santo con estas palabras:

Nos reunimos en torno a la Palabra de Dios para escuchar la voz del Señor en nuestras vidas e iluminar nuestras acciones con su luz. Abrimos nuestro corazón a la presencia de Dios, invocamos el don del Espíritu Santo para que nos dé la gracia de comprender la Palabra de Dios y ponerla en práctica.

Posteriormente, se recita la siguiente oración de san Pablo VI (puede ser dividida y dicha por varias personas):

Ven, oh Espíritu Santo,
y dame un corazón puro,
dispuesto a amar a Cristo, el Señor,
con la plenitud, la profundidad
y la alegría que solo tú sabes infundir.

Dame un corazón puro
como el de un niño
que no conoce el mal
excepto para combatirlo y rehuirlo.

Ven, oh Espíritu Santo,
y dame un corazón grande,
abierto a tu Palabra inspiradora
y cerrado a toda ambición mezquina.

Dame un corazón grande y fuerte
capaz de amar a todos,

decidido a soportar por ellos
cualquier prueba, tedio y cansancio,
cualquier decepción y ofensa.

Dame un gran corazón grande,
fuerte y constante hasta el sacrificio,
feliz solo de palpar
con el corazón de Cristo
y de cumplir humildemente,
fielmente y valientemente
la voluntad de Dios.

Todos responden:
Amén.

Un integrante de la familia toma la Biblia, la abre y comienza a leer el pasaje de Lucas 19,1-10, que narra el encuentro de Jesús con Zaqueo.

ESCUCHAR LA PALABRA DEL SEÑOR DEL EVANGELIO DE LUCAS

«Jesús entró en Jericó e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo:

“Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa”. Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: “Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador”. Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: “Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a dar a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más”. Jesús le dijo: “Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”».

Todos los miembros de la familia hacen un gesto de veneración al libro de la Sagrada Escritura.

Sigue un momento de silencio, de meditación sobre el texto que se acaba de escuchar y de oración personal.

Después, los presentes pueden compartir sus reflexiones sobre la Palabra de Dios que acaban de escuchar. Para facilitar el intercambio, se proponen las siguientes preguntas:

- ¿Qué parte del pasaje me ha llamado más la atención y por qué?
- ¿Con qué persona de la narración bíblica me identifico?
- ¿Qué comportamiento o situación me ha llamado la atención?



- ¿Sentí alguna emoción durante la lectura? ¿Cuáles y cuándo?
- ¿Cómo se relaciona este pasaje con mi vida?
- ¿Me siento inspirado por las palabras que he escuchado?

Si se prefiere omitir el momento del compartir, alguno puede leer el siguiente comentario al texto del Papa Francisco:

«El Evangelio de hoy (cf Lc 19,1-10) nos sitúa en el camino de Jesús que, dirigiéndose a Jerusalén, se detuvo en Jericó. Había una gran multitud para darle la bienvenida, incluyendo a un hombre llamado Zaqueo, jefe de los “publicanos”; es decir, de los judíos que recaudaban impuestos en nombre del Imperio romano. Era rico no por sus ganancias honestas, sino porque exigía un “soborno”, lo que aumentaba el desprecio hacia él. Zaqueo “quería ver quién era Jesús” (v. 3); no quería conocerlo, pero tenía curiosidad: quería ver a aquel personaje del que había oído decir cosas extraordinarias. Tenía curiosidad. Y, siendo de baja estatura, “para poder verlo” (cf v. 4) se sube a un árbol. Cuando Jesús se acerca, alza la mirada y lo ve (cf v. 5).

Y esto es importante: la primera mirada no es la de Zaqueo, sino la

de Jesús, que entre los muchos rostros que lo rodeaban –la multitud– busca precisamente el de Zaqueo. La mirada misericordiosa del Señor nos alcanza antes de que nosotros mismos nos demos cuenta de que necesitamos que él nos salve. Y con esta mirada del divino Maestro comienza el milagro de la conversión del pecador. De hecho, Jesús lo llama, y lo llama por su nombre: “Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa” (v. 5). No le reprocha, no le echa un “sermón”; le dice que tiene que alojarse en su casa: “tiene que”, porque es la voluntad del Padre. A pesar de los murmullos de la gente, Jesús eligió quedarse en la casa de ese hombre pecador.

También nosotros nos habríamos escandalizado por este comportamiento de Jesús. Pero el desprecio y el rechazo hacia el pecador solo lo aíslan y lo endurecen en el mal que está haciendo contra sí mismo y contra la comunidad. En cambio, Dios condena el pecado, pero trata de salvar al pecador; va en busca de él para traerlo de vuelta al camino correcto. Aquellos que nunca se han sentido buscados por la misericordia de Dios tienen dificultades para comprender la ex-

traordinaria grandeza de los gestos y de las palabras con las que Jesús se acerca a Zaqueo.

La acogida y la atención de Jesús hacia él lo condujo a un claro cambio de mentalidad: en un momento se dio cuenta de lo mezquina que es una vida esclava del dinero, a costa de robar a los demás y recibir su desprecio. Tener al Señor allí, en su casa, le hace ver todo con otros ojos, incluso con un poco de la ternura con la que Jesús lo miraba. Y su manera de ver y de usar el dinero también cambia: el gesto de arrebatar es reemplazado por el de dar. De hecho, decide dar la mitad de lo que posee a los pobres y devolver el cuádruple a los que ha robado (cf v. 8). Zaqueo descubre de Jesús que es posible amar gratuitamente: hasta entonces era tacaño, y ahora se vuelve generoso; le gustaba acopiar, y ahora se regocija en el compartir. Encontrándose con el Amor, descubriendo que es amado a pesar de sus pecados, se vuelve capaz de amar a los demás, haciendo del dinero un signo de solidaridad y de comunión.

Que la Virgen María nos conceda la gracia de sentir siempre la mirada misericordiosa de Jesús sobre nosotros, para que podamos ir al

encuentro de los que se han equivocado con misericordia, a fin de que también ellos puedan acoger a Jesús, quien “vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (v. 10)».

PAPA FRANCISCO, *Ángelus*,
3 de noviembre de 2019

Después del comentario, todos juntos recitan la oración de Jesús:

Padre nuestro...

Al final de la oración, la persona que encendió la vela toma en la mano la Biblia y, trazando la señal de la cruz, bendice a toda la familia con la Sagrada Escritura diciendo:

La bendición de Dios descienda sobre nosotros y con nosotros permanezca para siempre.

Todos responden:
Amén.

Se apaga la vela, diciendo:
Quédate con nosotros, Señor, ahora y por todos los días de nuestra vida.

Todos responden:
Amén.

Lectio divina sobre el Evangelio del III Domingo del Tiempo Ordinario

PREPARACIÓN A LA ESCUCHA

Han pasado dos años desde que todo cambió por el inicio de la pandemia, durante este tiempo hemos experimentado muchas tensiones a causa de la trágica situación global. La rápida difusión del coronavirus (Covid-19) ha alterado todo. Este flagelo ha modificado de manera radical nuestra forma cotidiana de vivir, debido a todas las medidas de prevención impuestas por las autoridades sanitarias y gubernamentales. Tenemos que guardar los protocolos para protegernos los unos a los otros: mantener la distancia, usar la mascarilla quirúrgica, lavarse las manos con agua y jabón, evitar las aglomeraciones. «Quédate en casa» ha sido una frase repetida frecuentemente. ¡Y con mucha razón!

Gracias a Dios, contamos ya con la vacuna, que se está administrando a una gran parte de la población mundial. Sin embargo, como sabemos, han surgido nuevos focos de contagio y nuevas variantes del virus a pesar de las medidas adoptadas. Esto ha generado una situación de mayor incertidumbre para todos. No podemos estrecharnos la mano, abrazarnos o besarnos, sobre todo si pensamos que quien está cerca de nosotros puede ser portador asintomático del virus y podemos correr el riesgo de

ser infectados y de contagiar a los demás. Necesitamos recuperar la confianza perdida a raíz de esta enfermedad.

Ante esta situación, preguntémosnos: *¿Cómo podemos seguir trabajando en la construcción del Reino de Dios, no obstante las consecuencias negativas que la pandemia por Covid 19 ha dejado en la vida y en el corazón de tantas personas: tristeza, pobreza, marginación y desconfianza?*

Como Iglesia tenemos la tarea de animar a todas las personas: niños, adolescentes, jóvenes, adultos, ancianos, migrantes, enfermos, hermanos y hermanas en pobreza extrema, a los encarcelados justamente o injustamente, a quienes no tienen trabajo. Todos nosotros que peregrinamos en este mundo debemos buscar restablecer relaciones fraternas, solidarias y respetuosas entre todos, con

la creación y con Dios, siempre iluminados por su Palabra, la cual produce alegría y compromiso en quienes la escuchan. En este contexto de incertidumbre y desconfianza, es importante seguir cultivando esas formas de relación, animándonos, como lo habíamos hecho hasta ahora, con la Sagrada Escritura.





LECTIO (¿QUÉ DICE EL TEXTO?)

El texto a meditar en este domingo dedicado a la Palabra de Dios es tomado del evangelio de Lucas 1,1-4; 4,14-21. Escuchémoslo atentamente y hagámoslo nuestro. Tomemos en nuestras manos la Biblia y leámoslo de manera pausada.

LUCAS 1,1-4; 4,14-21

«Ilustre Teófilo: Puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros, como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la palabra, también yo he resuelto escribírtelos por su orden, después de investigarlo todo diligentemente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido. En aquel tiempo (después de que Jesús fue tentado por el demonio en el desierto), Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie pa-

ra hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor”. Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”».

Para una mejor comprensión del texto proclamado

- El fragmento del Evangelio del III Domingo del Tiempo Ordinario, que el Papa Francisco ha instituido como el *Domingo de la Palabra de Dios*, contiene importantes enseñanzas propuestas por Jesús para nosotros. Recordemos que el texto de san Lucas es llamado el *Evangelio de la misericordia*, de la compasión, en el que Jesús se acerca a los niños, a los jóvenes, a los enfermos, a los marginados, a los pecadores; en el que se revela el rostro misericordioso de Dios y su amor entrañable por quienes care-

cen de fortuna y de amor. La Buena Noticia para el pueblo cansado y oprimido de todos los tiempos.

- Desde el punto de vista narrativo, este texto se encuentra dentro de la segunda parte del evangelio conocida como «La actividad de Jesús en Galilea», en la sección titulada «La manifestación y rechazo de Jesús». En esta sección, Jesús va manifestando su identidad a través de acciones y palabras. Los líderes de Israel lo rechazan. Él, en cambio, congrega a su alrededor a un grupo de discípulos a quienes enviará a predicar.
- Ahora en el plano estructural. El texto que hoy meditamos se encuentra en la parte introductoria al evangelio de Lucas (1,1-4), inmediatamente después se presenta la genealogía de Jesús (3,23-38) y luego las tentaciones de Jesús en el desierto (4,1-13). Después del texto a meditar se encuentra el pasaje en donde el pueblo lo admira por las sabias palabras que salían de su boca. Sin embargo, Jesús alude a los refranes: «médico, cúrate a ti mismo» y «nadie es profeta en su tierra», por lo cual querían despeñarlo, pero él se retiró para curar a los enfermos y, de hecho, cura a un endemoniado (4,22-37).

Nota: Es aconsejable tener la Biblia en la mano para ver dónde se encuentra el texto y enseñar a los niños o jóvenes de la familia de forma pedagógica a delimitar un texto bíblico.

- Conviene considerar que el evangelio de Lucas nos ofrece algunas claves de lectura para interpretar este texto, a fin de que el «proceso evangelizador misionero», que Jesús está por emprender, sea claro y comprensible a todos. Es el inicio de su ministerio, el horizonte hacia el que se proyecta su mensaje. Sus discípulos están ya con él, ellos serán sus testigos fieles y le ayudarán a difundir el *Nuevo Reino*. Él ha desvelado ya su origen mesiánico mediante su genealogía. Todo está listo para hacer detonar el nuevo proceso *evangelizador*.
- Esta escena representa el *programa* de lo que Jesús está por realizar en su ministerio y al mismo tiempo el anuncio de lo que deberá ser el camino de la Iglesia y la manera en que esta tarea será realizada.

En el contexto actual, es importante reconocer que el sentido que Jesús da a estas enseñanzas es como un nuevo crisol de esperanzas y anhelos. Se trata de una gran catequesis dirigida



a los cristianos provenientes del paganismo de la segunda generación para comprender lo que el Señor quiere que vivamos.

MEDITATIO (¿QUÉ ME DICE EL TEXTO?)

Este segundo momento nos lleva a descubrir lo que el Espíritu Santo quiere comunicar a los que participamos en la reflexión de la Palabra de Dios. Somos invitados a leer de nuevo el texto y a dar una respuesta personal. Recordemos que en este paso se trata de «hacer nuestra la Palabra». ¿Qué me dice el texto? ¿Qué dice a mi vida?

Elementos para la reflexión personal

El Papa Francisco en la Carta apostólica *Aperuit illis*, publicada el 30 de septiembre de 2019, memoria del 1600 aniversario de la muerte de san Jerónimo, establece que el III Domingo del Tiempo Ordinario esté dedicado a la *celebración, reflexión y divulgación de la Palabra de Dios*. Además, en el *Domingo de la Palabra de Dios* estamos invitados a fortalecer los lazos con los judíos y a rezar por la unidad de los cristianos.

En el texto que estamos considerando hoy, Jesús traza el *itinerario* de su misión, es como un preámbulo, una

obertura al programa de lo que va a realizar a lo largo de su ministerio público. También presenta el *objetivo* de su misión, de su presencia en nuestra historia, donde irrumpe la salvación. El autor de este evangelio sigue las tradiciones y el método historiográfico para describir las raíces del Mesías.

Jesús, en una reunión sabatina en la sinagoga, valiéndose de un oráculo

del profeta Isaías (Is 61,1-2) e iluminado por la fuerza del Espíritu Santo, indica aquello que está en el centro de su anuncio: «*Me ha enviado a evangelizar a los pobres; a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos*». Se trata del anuncio de la salvación y de la denuncia de las injusticias, misión específica del *Nuevo Reino*.

También afirma que ha venido *a proclamar un año de gracia del Señor*, inspirado en el Salmo 9,1-2, haciendo alusión a un año jubilar en el que se concedían diversos dones. Se trataba de un año sabático de descanso, que se podía conceder cada 10, 20, 25 o 50 años. Pero al escuchar estas palabras de Jesús, pensamos que quiere comunicarnos algo más profundo que podría-





mos interpretarlo como el *cumplimiento del tiempo de la salvación*, es decir, que Jesús, el Mesías, el Señor, nos ha traído un año de gracia que se prolongará en toda la historia de la redención: para los que vivieron desde los orígenes de la humanidad; para los que vivimos en estos tiempos de por sí difíciles, y para los que vendrán y vivirán hasta la consumación de los tiempos, porque a través de su pasión, muerte y resurrección nos ha salvado, y este acontecimiento guiará a la humanidad hasta el día de su retorno glorioso, que será como una luz que brillará por siempre.

Por esto dice, una vez que entrega el volumen al encargado y va a ocupar su lugar: «*Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír*».

Teniendo como marco de referencia el cumplimiento de la profecía de Isaías y el texto de Lucas que anima la presente edición del subsidio: «*Bienaventurado el que escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica*», es importante ir más allá de la escucha. En este domingo dedicado a la Palabra, el Papa, al final de su Carta *Aperuit illis*, ha invitado al pueblo de Dios a crecer en la *familiaridad religiosa y asidua con la Sagrada Escritura*, como el autor sagrado lo enseñaba ya en tiempos antiguos: «Esta Palabra está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que la cumplas»

(Dt 30,14). En el camino de la escucha y puesta en práctica de la Palabra de Dios nos acompaña la Madre del Salvador, reconocida como bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de lo que el Señor le anunció y porque hizo lo que él le ordenó.

A la luz de lo meditado, podrías responder a la siguiente pregunta: ¿Pasas de los discursos o reflexiones a la acción? En otras palabras, pregúntate: ¿Sirvo en mi familia? ¿Colaboro en los quehaceres cotidianos? ¿Sirvo en mi comunidad, en mi país o solo me dedico a criticar? ¿Sirvo en mi parroquia? ¿Estoy disponible para cualquier servicio que ayude a la construcción del Reino de Dios? ¿Pongo mis talentos al servicio de los demás? ¿Doy buen testimonio de lo que predico?

ORATIO (¿QUÉ LE DIGO AL SEÑOR?)

Ahora, en la oración, entramos en un diálogo íntimo y personal con Dios para saborear la presencia activa y creadora de su Palabra. Por ello, con la Palabra de Dios en mis manos me dirijo a Él. Puede ser una oración espontánea o una oración que ya conozcamos, lo importante es que exprese lo que deseamos decirle a Dios, nuestro Padre. Un ejemplo podría ser la siguiente oración:

«Señor Jesús, Maestro del Amor; vengo ante ti a pedirte perdón por las tantas veces que de palabra, obra y omisión te he sido infiel; por las veces que hablo de Amor y no amo lo suficiente para que crean en ti. Perdóname por no haber enseñado tu Palabra de Vida con mi ejemplo. Quiero darte las gracias, Señor Jesús, por esta Palabra de Vida, pan que sacia mi hambre de ti. Gracias por recordarme que debo ser un testigo viviente de tu amor, a fin de que tu rostro se refleje en el mío. Te pido que tomes entre tus manos mi fe y mi vida. Concédeme los dones de sabiduría y santo temor para ser coherente y dar testimonio de tu misericordia.

Señor Jesús, nos has dicho que *viniste a anunciar la buena noticia a los pobres, a proclamar la liberación de los cautivos, a dar la vista a los ciegos y a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia*, te pedimos que nos ayudes a poner también en práctica tu proyecto para difundir el Reino. Tú sabes que soy pequeño, pero con la ayuda de mis hermanos y hermanas podré emprender esta bella aventura para caminar hacia la santidad.

Gracias, Padre celestial, por tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano. Gracias por el Espíritu Santo, que

infundiéndonos sus dones nos ha envuelto en tu amor. Gracias, Trinidad Santa, por generar la comunión entre todas tus creaturas. Amén».

CONTEMPLATIO-ACTIO (¿A QUÉ ME COMPROMETO?)

Finalmente, nos disponemos a cruzar el umbral de la puerta de la fe para hacer vida la Palabra del Señor y continuar el proceso de evangelización de nuestra diócesis, parroquia, comunidad, formando una Iglesia según el corazón de Dios, convocando a otros para que sean también testigos del amor divino.

Se sugiere elaborar un *proyecto* que podría demostrar un pequeño pero significativo cambio personal a partir de la *lectura orante* que hemos hecho del texto bíblico:

Un «proyecto de servicio, de oración, de obras buenas», como el que Jesús proclamó en la sinagoga de Nazaret, y compartirlo con otros para animarlos a hacer creíble el mensaje del Evangelio con el ejemplo. En ese «proyecto de servicio» piensa en algo concreto que pueda aliviar el dolor y el sufrimiento que ha dejado la pandemia en tantas personas.

Propuesta pastoral. Comentario del Evangelio de cada día en Internet

No todo lo que la pandemia trajo es negativo... algo muy positivo es el interés que ha generado en muchos católicos por profundizar en el significado de los textos bíblicos que se proclaman en la Celebración eucarística diaria, que gracias a los «medios de comunicación» estuvo al alcance de todos incluso en los momentos más críticos de la misma. He aquí algunas iniciativas pastorales para poner a disposición de los fieles la riqueza de la Sagrada Escritura cada día.

¡UN CAFÉ TAN BUENO COMO EL EVANGELIO!

«¿Quieres un café?». Cuántas veces, sin prestar demasiada atención, hemos recibido o hecho esta sencilla invitación. Algunas personas toman café para mantenerse despiertas, para hacer una pausa, como digestivo después de una buena comida. En casa, en el bar, en el trabajo: un café, admitámoslo, es simplemente un pretexto para estar juntos, una forma de interrumpir el continuo y agotador flujo de actividades y perder un poco de nuestro precioso tiempo con las personas que queremos o con las que trabajamos juntos. El café es más una necesidad existencial que fisiológica.

Para hacer café se necesitan cuatro sencillas cosas: agua, una mezcla bien molida y tostada, fuego y una cafetera. También el «*Café Carmelitano*», nacido en los difíciles días de la reclusión por Covid-19, gracias a la iniciativa de los Carmelitas descalzos de Santa Ana en Génova, necesita cuatro simples ingredientes: *el agua de nuestra vida, el café de la Palabra de Dios, el fuego de la oración y la cafetera de una comu-*

nidad de frailes. Y así, todas las mañanas, un grupo cada vez más numeroso de amigos recibe, directamente en casa, una pequeña taza de café caliente que se bebe en cinco minutos. Un café tan bueno como el Evangelio que, para más de 3.780 personas repartidas por toda Italia y el mundo, se ha convertido en un esperado «buenos días», un compañero de viaje, una ayuda para la oración y para la vida.

Recibe en tu teléfono móvil el *comentario del Evangelio* del día de los frailes Carmelitas descalzos de Liguria. Solo tienes que enviar un mensaje de *WhatsApp* al P. Lorenzo al +39 3519342011. ¿Prefieres recibirlo por *telegram*? Inscríbete en el sitio web: <https://www.carmeloligure.it/iniziativa/caffe-carmelitano/>.





¡CONVIÉRTETE EN UN FOLLOWER (SEGUIDOR) DEL EVANGELIO!

¿Eres miembro de la red social *YouTube*? ¿Te gustan los *vídeos*? ¿Te gustaría pertenecer a una *comunidad virtual*? Esta propuesta es para ti.

Don Nicola Salsa, sacerdote de la diócesis de Novara, ha creado un canal en *YouTube*. Una de las grandes ventajas de esta *red social* es que puedes ver los vídeos desde cualquier dispositivo portátil, smartphone, tablet, etc. A través de sus vídeos, breves y esenciales, quiere dar a todos la oportunidad de conocer el Evangelio de la Misa diaria de forma sencilla todos los días a las 7 de la mañana para progresar en el camino de la fe. También ofrece la posibilidad de enriquecerla con el rezo de Laudes a las 6:30 de la mañana y de Vísperas a las 6:00 de la tarde.

Las explicaciones de los textos bíblicos que pone a disposición en su canal pueden ser comentadas, compartidas y utilizadas en la catequesis, solo hay que escribir directamente a su correo electrónico: nicoladon@gmail.com.

Don Nicola también está presente en otras redes sociales como *Instagram*, *Spotify* y *Tik-tok*. Para convertirte en un *follower* (*seguidor*) del Evangelio visita la página web: https://www.youtube.com/channel/UCjFaPuCe1M_ju0hdCstulAw/join.

¡LA PALABRA DE DIOS EN TU CORREO ELECTRÓNICO!

¿Deseas recibir diariamente por correo electrónico los textos bíblicos de la Misa y su comentario? Los *Dominicos* o la *Orden de Predicadores* ofrecen este servicio.

Esta Orden religiosa, fundada por santo Domingo de Guzmán, celebra este año un jubileo especial con motivo del 800 aniversario de su partida al cielo (6 de agosto de 1221). La misión de los Dominicos es la predicación de la Buena Nueva, que brota de una vida de contemplación y estudio de las Sagradas Escrituras. Cada semana, un grupo de hermanos, hermanas, monjas y laicos comparten los frutos de su contemplación ofreciendo una reflexión diaria sobre la Palabra de Dios.

Puedes recibir gratuitamente por correo electrónico la homilía del Domingo y las reflexiones diarias sobre el Evangelio. Para ello, solo tienes que escribir tu dirección de correo electrónico para empezar a recibirlas. Al suscribirte, recibirás automáticamente los mensajes con el contenido de la predicación de cada día de la semana a primera hora del domingo. Visita el sitio web: <https://www.dominicos.org/predicacion/evangelio-del-dia/hoy/>.

¡LEVÁNTATE Y CAMINA!

El método de oración ignaciano aplicado al Evangelio del día. Una ayuda práctica para vivir la fe en la vida cotidiana, «buscando y encontrando a Dios en todas las cosas». Visita el sitio web: www.getupandwalk.gesuiti.it.

EN LA PALABRA

Según la tradición judía y cristiana, las Sagradas Escrituras ocultan y revelan un único Dios con muchas caras. La pluralidad de facetas con las que el

misterio de Dios se ofrece al lector exige una disposición similar para captar distintos niveles de interpretación en los textos. De ahí la pluralidad de voces, diversas y a la vez similares, dispuestas a permanecer serenamente una junto a otra. En comunión. Visita el sitio web: www.nellaparola.it. También puedes ver el *tráiler* en el sitio web: <https://www.youtube.com/watch?v=jmv7ltiMcf0https://youtu.be/jmv7ltiMcf0>

Nota. Quien organiza el Domingo de la Palabra de Dios debe buscar y difundir iniciativas como las descritas anteriormente en su propia lengua.





La Palabra de Dios en la oración personal

«La Palabra divina nos introduce a cada uno en el coloquio con el Señor: el Dios que habla nos enseña cómo podemos hablar con Él... Así, la palabra que el hombre dirige a Dios se hace también Palabra de Dios, confirmando el carácter dialogal de toda la revelación cristiana, y toda la existencia del hombre se convierte en un diálogo con Dios que habla y escucha, que llama y mueve nuestra vida. La Palabra de Dios revela aquí que toda la existencia del hombre está bajo la llamada divina».

(Verbum Domini, 24)

UNA EXPERIENCIA DE FE

La *lectura popular y comunitaria de la Biblia* desde la fe de la comunidad es la experiencia del misterio de Dios Padre, revelado y encarnado en la historia en Jesucristo por la acción del Espíritu Santo, que surge de una lectura de la Biblia entendida como Palabra de Dios viva y vivificante, liberadora y transformadora de estructuras, generadora y promotora de vida que se inició en las

comunidades eclesiales de base en América Latina. La Sagrada Escritura es el libro a través del cual Dios manifiesta su cercanía al pueblo, revelando su santidad y la de su pueblo.

Este método de lectura de la Biblia no es, en primer lugar, una interpretación individualista ni académica (siempre necesaria, útil e insustituible, pero no suficiente) de la Biblia, sino más bien una lectura realizada *en, por y desde* la comunidad, donde todas las personas

participantes aportan desde la propia vida, desde su situación actual y su contexto o realidad vital, desde la mirada de fe de todo el conjunto de la realidad en vistas al dinamismo activo y comprometido de la comunión y de la unidad, así como de la vida, la justicia y la paz. «La Biblia es el libro del pueblo del Señor que al escucharlo pasa de la dispersión y la división a la unidad. La Palabra de Dios une a los creyentes y los convierte en un solo pueblo» (*Aperuit illis*, 4).

La Biblia está en íntima relación con la situación concreta de cada uno de los lectores, por lo que una lectura de la Palabra de Dios ligada profundamente a la vida concreta y cotidiana de la comunidad produce una sorprendente iluminación mutua entre Biblia y vida. El sentido y el alcance de la Palabra y de las muchas palabras que componen la Escritura aparecen y se enriquecen a la luz de las múltiples y variadas situaciones que se viven y sufren en la vida y viceversa. En el fondo está la reflexión viva que asegura que, dado que Dios ha actuado de manera prodigiosa en el pasado liberando y dando vida a su pueblo en las diversas etapas de su historia, lo hará de igual manera hoy en la historia concreta de su comunidad, la Iglesia.

LA VIDA Y LA PALABRA DE DIOS

Todo aquí brota de la «vida cotidiana» y de la escucha comunitaria de la Palabra de Dios. Es sorprendente cómo las personas tienen esa capacidad para leer la presencia de Dios en lo cotidiano. Por eso se parte indiscutiblemente de la experiencia humana de cada participante y su entorno para, desde la Palabra revelada y la fe viva en Dios que ella suscita, iluminar esa realidad personal y co-





munitaria y así generar una respuesta de fe que comprometa a todos dinámicamente en la transformación del contexto religioso, social, político, cultural y económico. En este sentido es de gran ayuda el método de la *Lectio divina* en sus variados pasos, sin dejar nunca de lado el compromiso efectivo en la transformación sugerida por la Palabra y sostenida por el Espíritu Santo.

La *lectura* comienza por la puesta en común de la vida de cada participante, de su situación, sus conflictos, sus preguntas, sus inquietudes, sus luchas, sus alegrías y convicciones, sus logros y expectativas de vida y libertad. De ahí la importancia de la escucha comunitaria de cada participante, de sus anhelos profundos de vida plena y de su necesidad de liberación. Por eso no se pretende suscitar respuestas a preguntas realizadas por otros, sino a las que afectan a la comunidad en el momento. Entonces sí que la Palabra revelará, iluminará, fortalecerá, levantará, pondrá en camino, dará herramientas para la acción, construirá comunidad y alabará y glorificará al Dios vivo y verdadero.

Es notable cómo con toda libertad y sencillez los miembros de la comunidad ponen su vida al descubierto con sus gozos y esperanzas, con sus tristezas y angustias de la manera más sen-

cilla y simple, sin necesidad de usar un lenguaje discursivo incomprensible o complicado, optando más bien por la narración de hechos, usando comparaciones, frases populares, dichos, narraciones conocidas de todos, revelando anhelos y esperanzas que requieren su cumplimiento y que sin duda cuentan con la iluminación de Dios por mediación de su Palabra, pues Él las ha asumido a lo largo de la historia de la salvación.

Puesto que Dios es amante de la vida, es el «Viviente» y actualiza su presencia vivificadora y liberadora en el hoy de la historia, de cada persona y de la comunidad, esta lectura de la Biblia defiende la vida abundante en todas sus manifestaciones, así como la dignidad inalienable e innegociable de hijo o hija de Dios de cada ser humano sin distinción ni exclusión. La vida y la justicia que brotan de la Palabra de Dios son dos pilares fundamentales para la acción y la transformación del entorno en un lugar de vida digna y abundante para todos.

BAJO EL DINAMISMO DEL ESPÍRITU SANTO

Esta *lectura de la Biblia* es maravillosa puesto que ninguno de los lectores

considera que sabe más que el otro y nadie se cree ignorante, ya que todos tienen mucho que aportar desde su realidad y experiencia de lo que Dios les revela a través de su Palabra, contenida en las Sagradas Escrituras. La lectura e interpretación de la Biblia en la comunidad está determinada por el dinamismo de lo que el Espíritu dice a la comunidad y por eso se vuelve siempre atrayente y sorprende a quienes la practican y a quienes viven en la comunidad, que se sorprenden también al ver cómo los creyentes se unen, se comprometen desde la fe y se aman unos a otros transformando su entorno.

La aproximación a la Biblia no parte de la concepción de que esta sea un compendio de tratados teológicos imparciales, o una serie de bellos relatos ejemplares, mucho menos entendida como una literatura piadosa, sino como *Palabra de Dios escrita que ofrece a la comunidad orientación y luz en las diversas situaciones existenciales y en momentos de dificultad*. Por esto en la *lectura popular y comunitaria de la Biblia* no se renuncia al recurso a las ciencias bíblicas, pero el acercamiento a estos recursos no se hace con el fin único de adquirir conocimientos bíblicos, ni con el fin de acumular datos sobre el pasado, sino con el propósito de

obtener, bajo la luz y el dinamismo del Espíritu Santo, desde una perspectiva de fe, elementos para la orientación y el discernimiento desde la fe de las actuales y complejas situaciones que vive la comunidad.

LA PRESENCIA DE DIOS SE CELEBRA CON GRAN ALEGRÍA

También es sorprendente que la *lectura popular y comunitaria de la Biblia* no permanezca tan solo como una lectura, interpretación y actualización del texto, sino que, siendo la mediación para un encuentro con Jesucristo, exige la celebración del misterio revelado de Dios para su pueblo. Es entonces cuando brotan con todo frescor y colorido la alabanza, la acción de gracias, la adoración, la fiesta, el compartir la mesa y los bienes, la solidaridad para con los más necesitados, la justicia mayor de la que habla Mateo. Dios está de parte de su pueblo y nosotros debemos celebrarlo en grande y con todo el fervor popular.

El siguiente análisis del pasaje de Lucas 1,1-4; 4,14-21 correspondiente al Evangelio del III Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo C, nos permitirá apreciar la gran riqueza de este método.

El Papa Francisco en *Aperuit illis* 8 afirma: «Jesucristo llama a nuestra puerta a través de la Sagrada Escritura; si escuchamos y abrimos la puerta de la mente y del corazón, entonces entra en nuestra vida y se queda con nosotros». Por tanto, dispongámonos a la escucha del Maestro con el corazón y la mente bien dispuestos, pero sobre todo con nuestra vida para acogerlo, discernir lo que él quiere y construir la comunidad de fe.

AMBIENTACIÓN

En el centro del salón donde se realizará el encuentro se pueden colocar dos Biblias, una abierta en el libro de Isaías y la otra en el evangelio de Lucas, de cada una de ellas se podrá hacer la respectiva lectura bíblica. Esto permitirá tomar conciencia de la Palabra pronunciada en la antigüedad como «promesa» y de la Palabra proclamada en el tiempo de la «plenitud» de la revelación.

Oración inicial

Señor Jesús, la experiencia de fe de hombres y mujeres que caminaron contigo por las tierras de Galilea y Judea plasmaron la obra que Lucas, por inspiración del Espíritu Santo, nos presenta para que conozcamos al

Dios de nuestra «Salvación»; enséñanos a acoger tu Palabra con su historia y desde la historia de estos hombres y mujeres, para que ella ilumine y dinamice nuestras acciones en favor

de la transformación de nuestro mundo de modo que tu salvación llegue a todos sin excepción, pero sobre todo a los que Tú has mostrado como los destinatarios privilegiados de la Bue-

na Noticia del año de gracia del Señor: los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos y los nuevos e incontables despreciados y marginados de la sociedad, la cultura y la economía. Amén.





LECTURA DEL TEXTO

Lucas 1,1-4; 4,14-21

«Ilustre Teófilo: Puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros, como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la palabra, también yo he resuelto escribírtelos por su orden, después de investigarlo todo diligentemente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido. En aquel tiempo (después de que Jesús fue tentado por el demonio en el desierto), Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor”.

Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”».

MIRAMOS LA REALIDAD DEL «HOY» DE NUESTRAS COMUNIDADES

La siguiente actividad puede realizarse de manera individual, aunque necesariamente debería de ser grupal (es una lectura comunitaria de la Biblia). Si se realiza en grupos conviene al final poner en común los hallazgos de cada grupo y dialogar sobre ellos.

Abrimos los ojos a nuestra realidad, escrutamos nuestra realidad y nuestra vida cotidiana y nos preguntamos:

- ¿De qué situaciones religiosas, sociales, culturales, políticas y económicas somos testigos oculares hoy? (en caso necesario podrían ayudar los siguientes textos del evangelio de Lucas: Lc 1,5-7; 2,1-3; 3,1-2.7-14.19-20).
- ¿Quiénes y cuándo actúan con la fuerza y la unción del Espíritu Santo y cuándo no, incluyéndome?
- ¿Quiénes son los servidores de la Palabra y quiénes los que intentan sofocarla y paralizar su dinamismo?

- ¿Cuál es la solidez de la enseñanza que hemos recibido y cómo ha contribuido o no a dar vida abundante a nuestra comunidad?
- ¿Qué es lo que «hoy» se enseña en nombre de Dios en los diversos medios de comunicación a disposición de la sociedad?
- ¿Qué acciones liberadoras produce la presencia del Espíritu en los miembros de la comunidad? (de ser necesario podrían ayudar los siguientes textos lucanos: He 4,19-20; 5,29.41-42).
- ¿Cómo se anuncia y evidencia la fuerza dinamizadora del Espíritu a los que son oprimidos por diversos males sociales, económicos, políticos y culturales? (ver Lc 7,21-23).
- ¿De qué manera la Palabra de Dios tanto del Antiguo Testamento como de la predicación de Jesús proclama el año de gracia del Señor para todos y en especial para los que Lucas ha querido resaltar?
- ¿Qué efectos produce en los oyentes de hoy la proclamación de Jesús?

MIRAMOS ATENTAMENTE EL TEXTO DE LUCAS

Miramos las acciones de Jesús en Galilea, en Nazaret, en la sinagoga:

- Descubre y marca en el texto todos los verbos que describen las acciones de Jesús.
- Identifica y marca, además, las palabras que indican la reacción de la gente ante Jesús, a su lectura y su proclamación de la Palabra.

El contexto de la acción del Espíritu Santo en Lucas

La encarnación de Jesús es obra del Espíritu Santo (Lc 1,35), el mismo Espíritu permitió a Simeón reconocer en el niño Jesús al «Salvador» (Lc 2,30), gracias a él Ana contempla al «Libertador» esperado (Lc 1,38), Juan Bautista anuncia que uno con mayor autoridad que él los bautizará con Espíritu Santo y fuego (Lc 3,16), cuando Jesús fue bautizado en el Jordán descendió el Espíritu Santo sobre él (Lc 3,21-22), el mismo Espíritu lo lleva al desierto durante cuarenta días, donde fue tentado por el diablo (Lc 4,1-13). Con el poder del Espíritu Jesús vuelve a Galilea, donde enseñaba en las sinagogas (Lc 4,14-15).

Los textos que Lucas presenta tienen un hilo conductor y un elemento común que es el Espíritu Santo que capacita a Jesús para la misión, lo fortalece en la tentación y le da fuerza y guía. Los relatos del nacimiento ponen de relieve la presencia del Espíritu Santo en la persona de Jesús: no



solo el Espíritu reposa sobre él desde su nacimiento, sino que es engendrado por él. El Espíritu desciende en forma de paloma sobre Jesús. La voz de Dios lo proclama como el Mesías esperado desde Isaías y en el cual habita el Espíritu de un modo eminente. Lucas se enlaza con las profecías de Isaías que «hoy» se han cumplido en Jesús.

Hoy se cumple esta Escritura:
Lc 4,18-19 (cf Is 61,1-2; 58,6)

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar

a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor».

La lectura del texto realizada por Jesús en la sinagoga ha hecho sonar una noticia extraordinaria, la Buena Noticia de Dios y no solo eso, sino que ha provocado estupor, tensión y lucha dramática. Esta escena del Evangelio representa la síntesis y el modelo de la predicación de Jesús, que se presenta como el Mesías, provoca un gran entusiasmo, aunque sea pasajero, ya que de inmediato seguirá la lucha y el recha-

zo, como leeremos el próximo IV Domingo del Tiempo Ordinario.

Pero la escena es maravillosa desde el punto de vista del poder de la Palabra de Dios proclamada por Jesús con la autoridad del Espíritu Santo. Los versículos 20 y 21 impresionan por su sencillez, por su capacidad reveladora. Una vez cerrado el libro y devuelto a su sitio, se espera la enseñanza, por eso Jesús «se sentó».

Posiblemente algunos de los oyentes comentaron para sí o entre ellos: si este hombre proclama de esa manera, qué se podrá esperar de su enseñanza, hay que escuchar cuanto diga. Sin embargo, Jesús se sentó no para iniciar una enseñanza solemne ni para explicar el contenido del texto ni para sacar bellas exhortaciones, ni sabios consejos, ni para exigir heroicos compromisos, sino para indicar el cumplimiento de la Palabra, es decir, que ella se realiza en el hoy de la historia y del pueblo que la anhela y la acoge con fe. Todo cuanto se anunció y proclamó en el pasado de Israel alcanza su cumplimiento «hoy».

La Palabra proclamada con autoridad ha tocado no solo los «oídos» de los participantes en el culto sinagogal de aquel insólito sábado en Nazaret, sino también los «ojos» de todos que están fijos en aquel predicador que, sin

duda, es el Mesías prometido que, valiéndose de un texto de Isaías, anuncia lo que será su actividad en Galilea y por la cual deberá ser reconocido incluso por su precursor, Juan Bautista, al cual solo le refiere los hechos que sus enviados han «visto y oído», los hechos están ante sus ojos y sus oídos: «los ciegos recobran la vista, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la Buen Noticia»; los enviados deben contar a Juan lo que están «viendo y oyendo hoy», no hay presentación de razones teológicas, sino solo hechos concretos, no hay documentos, sino eventos liberadores, reveladores del año de gracia del Señor.

Lo que abre los oídos a la Palabra de Dios son las palabras de alabanza a Dios proclamadas por los que estaban ciegos y ahora ven; por los cojos que ahora recorren los caminos anunciando la acción poderosa de Dios en su cuerpo; por los que estaban mudos y ahora hablan, alaban y glorifican a Dios; por los leprosos que muestran su carne limpia y su reinserción en la comunidad y en la asamblea santa; por los muertos que proclaman con su propia vida que la muerte ha sido destruida gracias al misterio pascual; por los pobres que viven su cercanía a la salvación gracias al anuncio de la Buena Noticia de la salva-





ción; por los que estaban mudos y ahora pueden contar a todos que Dios ha estado grande con ellos.

Sí, todo lo que acontece «hoy» es una maravillosa experiencia de alegría expansiva que contagia, que proclama, que hace arder el corazón y abre los ojos a la acción del Salvador. Se comprende entonces por qué el pasaje de Is 61,1-2 es particularmente adecuado para describir la misión de Jesús. Él ha sido consagrado por una unción, no con el óleo, como los reyes y sacerdotes del Antiguo Testamento, sino con el Espíritu Santo.

La Palabra tiene ese poder que irrumpe en la vida del que cansado de oír ya no espera nada, ella presenta ante sus «ojos y oídos» hechos que dan razón de las palabras consignadas por escrito en tiempos lejanos y que al ser desempolvadas y proclamadas con el poder del Espíritu Santo abren al misterio de la Encarnación en el hoy de la comunidad, que deja hablar a los hechos ahora cumplidos y en los que encuentra motivos para asumir su compromiso con todo dinamismo en la transformación de la sociedad.

El contexto interno del evangelio de Lucas

La sección de Lucas, que comprende del capítulo 4,14 al capítulo 9,50, está

dedicada al ministerio de Jesús en Galilea, donde se dedica por completo a su misión sin salir de este territorio. Jesús se revela en estos capítulos a través de su acción y su palabra: evangeliza, sana diversas enfermedades, exorciza, invita a la conversión. Se trata de una presentación global de Jesús: en las sinagogas de Nazaret, Cafarnaún y de toda Galilea se presenta como el *profeta-salvador*, el hoy de la salvación, el que crea el discípulo, el que experimenta el rechazo.

Lucas reconoce en esta actividad de Jesús en Galilea un momento revelador, como se advierte por los títulos que le da: *Hijo de Dios*, *Hijo del Hombre*, *Cristo* o *Maestro*, pero también una propuesta programática para el futuro tiempo de la misión, que para Lucas es ya una realidad presente y actuante.

En las narraciones de las siguientes escenas se comprobará el cumplimiento de todo lo que Jesús ha anunciado. Se anunciará el Evangelio a los bienaventurados pobres (6,20; 7,22), se dará la vista a los ciegos (18,35-43), se liberará a muchos de malos espíritus (7,21). Todo está al servicio de mostrar cómo la Escritura se cumple en Jesús y por Jesús, dando pleno cumplimiento a la voluntad salvífica de Dios que salva, sana y libera a su pueblo.

En la sinagoga no había necesariamente un predicador oficial de la Pa-

labra de Dios, sino que todo israelita varón, mayor de edad, tenía derecho a proceder a la lectura de un texto de la Escritura y pronunciar algunas palabras que lo explicaran, motivo por el que Jesús pudo hablar aquel sábado ante la asamblea reunida. La lectura del texto sagrado se realizaba de pie por respeto a la Palabra de Dios, mientras que la enseñanza se hacía sentado.

El anuncio del *año de gracia* alude a los años jubilares cada cincuenta años y a los años sabáticos cada siete (cf Lev 25,10-17), según esta legislación el objetivo de estos *años* era la restauración completa de la justicia, la liberación de los esclavos, el perdón de las deudas y la restitución de los bienes. Pero si para unos era un año de gracia (Is 61,1-2), para otros era uno de venganza (Is 61,3). La venganza en el Antiguo Testamento podía ser atribuida a Dios o a los seres humanos y consistía en la defensa de los derechos de los débiles y la reparación de las injusticias. Sin embargo, Jesús detiene su lectura en el versículo 2 de Isaías, evitando mencionar el día de la venganza del versículo 3. Jesús centra su mensaje en la Buena Noticia para todos, Dios no lo ha enviado a condenar ni a cobrar venganza.

Un detalle importante para la comprensión del texto es que en su momento la religión se puso de parte de

los pobres, del indigente y del desvalido. La legislación alentaba un acentuado espíritu social: equidad en los jornales, prohibición de préstamos usureros, año jubilar, limosna, permiso para espiar, aplicación de la justicia sin mirar a quién, todo en función de evitar, dentro de lo posible, el empobrecimiento, así como ayudar y proteger al pobre de modo consciente (cf Lev 19,15).

En Lucas 14,7-14 Jesús exhorta a un anfitrión a invitar al banquete a los pobres y a aquellos que no pueden invitarle a su vez y promete a quien haga esto la recompensa escatológica; en la parábola del gran banquete, Lc 14,16-23, los pobres son también los primeros invitados que sustituyen a los que no han acudido; en Lucas 16,20.22 Lázaro, cuyo nombre significa «Dios ayuda», es el prototipo del pobre acogido por Dios, mientras que en Lc 16,25 el rico innombrado que no tuvo piedad de él es la imagen de aquel que es condenado por las propias acciones injustas.

El texto de Lucas permite contemplar el cumplimiento de la profecía de Isaías, pues Jesús se revela como el *profeta mesiánico esperado*. En el contexto de Isaías ante la tensión que vive el pueblo de Israel especialmente frente a la división, el profeta hace el anuncio profético del Mesías. Lucas, por su parte, con este texto remarca el sentido de



la unción por el Espíritu, con la cual se inaugura la actividad pública de Jesús, sanando, predicando, dejándose conducir por él. El Espíritu capacita, inspira y conduce a Jesús para la misión como hizo con los antiguos profetas.

El sentido del anuncio de Jesús va dirigido plenamente a la misión profética de anunciar y proclamar la Buena Noticia del Señor. Lo anunciado

por Isaías se está realizando proféticamente en Jesús, él se presenta como el enviado de Dios al igual que el profeta, pero con la diferencia de que él personifica la Buena Noticia de Dios anhelada y esperada por el pueblo.

Lucas recurrirá, una y otra vez, a la imagen de los pobres, ya sea en el sentido social de la palabra, como de aquellos que no tienen nada de pose-

siones materiales, pero también pobres en contraposición a los ricos que por su corazón avaro son castigados, mientras que los pobres, como solo poseen a Dios, son liberados; además, el estigma de la pobreza está presente como reflejo del castigo divino por algún pecado cometido, los pobres eran despreciados por el pueblo debido a la acepción de personas realizada por las autoridades religiosas.

A estos grupos de personas se acerca Jesús con un mensaje de esperanza, él los quiere congregar como rebaño especial de Dios, su misión es que estas personas se experimenten amadas por Dios y se sientan ricas porque «de ellos es el Reino de los Cielos». El evangelio los mostrará, entre otros, como los más cercanos a alcanzar la Salvación.

La expresión «dar libertad a los cautivos» hace referencia al contexto experimentado por la comunidad de Isaías, que estaba en proceso de ser liberada del cautiverio babilónico. Una parte del pueblo se encontraba todavía cautivo y a ellos el profeta lanza su grito de esperanza, ya que aún se encontraban lejanos de Jerusalén. Jesús lanza un grito de esperanza para aquellos que están esperando su libertad. Él viene a romper las ataduras que tienen prisioneros a los seres humanos y no les permiten ser libres.

Jesús viene a derribar por medio de su vida, de su muerte en Cruz y de su resurrección-ascensión la opresión causada por el pecado, viene a liberar a los que se encuentran quebrantados por el pecado y la injusticia social, viene a sanar los corazones que se encuentran afligidos y a darles la dignidad de invitados al banquete del Reino de Dios.

ACTUALIZAR LA PALABRA ASUMIENDO LOS RETOS

Cada encuentro personal y comunitario con la Palabra de Dios tiene como efecto salvífico un cambio en las personas que la escuchan, pues la escucha va íntimamente unida a la acción, al compromiso y la solidaridad con los privilegiados en la Evangelización. De ahí la necesidad de asumir compromisos realizables en nuestro entorno.

- Jesús nos anima como comunidad a alimentarnos cotidianamente de la Palabra de Dios para convertirnos, como él, en contemporáneos («hoy») y portadores de Buenas Noticias de liberación para las personas que encontramos: los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos y los nuevos e incontables des-





preciados y marginados de la sociedad, la cultura y la economía.

- Jesús nos exhorta a abrir los ojos para salir del individualismo que conduce a la asfixia y a la esterilidad, para transitar con valentía, dignidad y responsabilidad cristianas el camino del compartir y de la solidaridad con los que él ha elegido preferencialmente.
- Jesús nos muestra la urgencia vital de salir hoy a anunciar con autoridad y determinación (parresia) el Evangelio a todos, en todo lugar y en toda ocasión, sin demoras, sin asco y sin miedo, pues la alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie.
- Jesús nos revela a quiénes se debería privilegiar en el anuncio con una orientación contundente: sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que no tienen con qué recompensar.
- Jesús nos asegura que hoy y siempre los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio, y que la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que él vino a traer.
- Jesús no deja dudas respecto a que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y la atención y liberación

de los pobres y que no hay motivos válidos para que los dejemos solos, sino motivos urgentes para comprometernos en sus luchas y en la búsqueda de la justicia para ellos.

- Jesús nos exige una espiritualidad eclesial que sane, libere, llene de vida y de paz, que convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, que humanice a todos sin distinción ni exclusión y dé gloria a Dios.

ORACIÓN Y CELEBRACIÓN

Este momento de reflexión con la Palabra de Dios puede concluirse con la siguiente oración recitada por todos los participantes:

Jesús, gracias por la frescura de la Palabra de Dios que, profetizada en el pasado en un momento histórico concreto de la vida de tu pueblo, Tú la actualizas en el presente con todo el dinamismo y el poder del Espíritu Santo para abrirnos a la consolidación de la comunión y de la unidad con todos, pero en especial con aquellos que la religión, la sociedad, la cultura y la economía han dejado de lado: los pobres de todos los tiempos, y en particular los nuevos

e incontables del hoy de nuestra historia. Enséñanos a asumir con valentía el compromiso de transformar la realidad, aun cuando en el camino encontremos obstáculos, rechazos, juicios, críticas y hasta el martirio, dando testimonio con nuestra vida de tu poder salvador, liberador, consolador y vivificador, y teniendo como meta obtener la vida eterna que nos has regalado por tu misterio paschal. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Terminado el encuentro se comparte entre todos la vida, la alegría, la consolación y la paz que la Palabra nos ha regalado y, si es posible, se comparte también el pan de la solidaridad, la mesa de la comunión, una larga mesa en la que todos tengan finalmente su espacio.

SEGUIR CONTEMPLANDO

El contenido del Evangelio puede ser ulteriormente profundizado leyendo el siguiente texto del Papa Francisco:

«Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su pri-

mera misericordia”. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia”. Esta opción –enseñaba Benedicto XVI– “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”. Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (*Evangelii gaudium*, 198).

Testimonio: La Palabra de Dios puede cambiar el corazón



TOKICHI ISHII

Nacido en 1871, desconocido, Japón
Muerto en 1918, Tokio, Japón

«Me gustaría contar cómo mi corazón ha sido cambiado por el poder de Jesucristo. Pero antes que nada deseo establecer una premisa. Cuando era niño, mis padres eran pobres y solo fui a la

escuela dos años. Desde entonces, es decir, desde hace más de treinta años, rara vez he tenido un bolígrafo en la mano, hasta ahora, que lo tomo para escribir esta historia de mi vida».

Con estas palabras tan sencillas y a la vez conmovedoras, un condenado a muerte comienza a escribir su testimonio sobre cómo la Palabra de Dios ha transformado definitivamente su vida. ¿Cómo se produjo este momento?

Los felices primeros años del pequeño Tokichi Ishii pronto se convirtieron en una situación mucho más compleja y dramática. Como él mismo señala: «Vivimos muy cómodamente hasta que tuve cuatro o cinco años, pero en esa época mi padre lo había perdido todo por su adicción al alcohol, y mi madre estaba muy estresada por las tareas domésticas».

Tokichi se ve obligado a dejar la escuela a los diez años y su madre le pide que pase todo el tiempo siguiendo a su padre en un intento de que deje de beber. En vano. La adicción del padre es más fuerte que las súplicas del pequeño hijo. Un par de meses después, la madre de Tokichi cae gravemente enferma y su padre la traslada a ella y a su hijo a casa de una tía y los abandona. Viven en la extrema pobreza: no pueden permitirse una visita al médico. A la edad de once años, el pequeño Tokichi consigue ganar unos centavos, con los que compra la medicina que le sugieren los vecinos para su madre, salvando así su vida.

Poco después, el padre regresa y toda la familia se reúne de nuevo, pero

comenzó otro problema: «Por desgracia, en el barrio donde vivíamos, todo el mundo jugaba apostando, incluso niños de doce o trece años. Hasta ese momento, no se me conocía por ninguna travesura, sin embargo, en aquel barrio era fácil aprender malos modales y pronto empecé a jugar apostando como los demás. Entonces empecé a necesitar dinero: lo poco que me daban mis padres no era suficiente, y empecé a robar. Este fue el comienzo de mi vida criminal».

Tokichi pronto pasa de los delitos menores a los más graves. El encanto de la delincuencia le atrae cada vez con más fuerza. A los diecinueve años, la policía le sorprendió mientras robaba. Fue condenado y terminó en la cárcel. Tras superar su miedo inicial a la cárcel, se acostumbró a las reglas de la vida carcelaria: «Cuando me enviaron a la cárcel por cuarta vez, ya era un delincuente confirmado. En una comunidad penitenciaria, nos distinguimos según el alcance de nuestros delitos. Cuanto mayor es el crimen, mayor es el honor, y los hombres se jactan abiertamente de los saqueos que han cometido».

Tokichi intenta alejarse del mundo criminal. Se casa y durante tres años vive una vida modesta pero feliz con su mujer. Un día, un amigo de celda



viene a visitarlo y la vida criminal retoma su curso, cada vez más cruel y despiadada. La condena de once años de prisión le cambia profundamente. Tokichi comienza a odiar a los guardias y a rebelarse contra ellos. Debido a su mal comportamiento se le castiga cada vez más. El círculo vicioso del odio se impone y hace que el corazón de Tokichi sea impenetrable para el bien. En varias ocasiones, intenta salir de este círculo, pero solo lo consigue brevemente, para volver a sumergirse en una vida delictiva cada vez más violenta. Cruza otra frontera de la conciencia: durante los robos empieza a matar a las personas.

En 1915, Tokichi fue finalmente arrestado y admitió numerosos delitos, entre ellos varios asesinatos. Antes de su juicio, encerrado solo en una celda de la prisión de Tokio, se enfrenta no solo al sistema judicial sino también a su propia conciencia. A la misma prisión acuden dos misioneras, la Sra. West y la Sra. McDonald, que distribuyen alimentos, hablan con los presos y les entregan una Biblia. Así, entre 1915 y 1916, Tokichi recibió como regalo el Nuevo Testamento. Por aburrimiento, abre el libro un par de veces al azar, lee cómo los discípulos de Jesús, Santiago y Juan, querían prender fuego a una aldea samaritana (cf Lc 9,52-

58), también lee la parábola de la oveja perdida (cf Lc 15,1-7), sin embargo no le impresionan estos textos.

Pasado un tiempo, Tokichi vuelve a abrir la Biblia. Esta vez lee sobre Jesús frente a Pilato y piensa: «Esta persona llamada Jesús era obviamente un hombre que trataba de guiar a los demás por el camino de la virtud, y me parecía inhumano crucificarlo simplemente porque tenía opiniones religiosas diferentes a las de los demás. Incluso yo, siendo el duro delincuente que soy, pensé que era realmente vergonzoso que sus enemigos le trataran de esa manera».

Así que Tokichi continúa la lectura. «Me llamó la atención la frase: “Y Jesús dijo: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Me detuve: se me habían clavado en el corazón, como si se tratara de un clavo de diez centímetros. ¿Qué me había revelado el versículo? ¿Puedo llamarlo el amor del corazón de Cristo? ¿Puedo llamarlo su compasión? No sé cómo llamarlo. Solo sé que con un corazón indescriptiblemente agradecido había creído».

A pesar de estar condenado a muerte, Tokichi Ishii encuentra consuelo en la Palabra de Dios. Comenzó su viaje de fe y transformación, siempre acompañado por las dos misioneras. Escribió su autobiografía, que sigue siendo

hasta hoy el testimonio de su encuentro con el Dios vivo a través de su Palabra.

Tokichi Ishii, condenado a muerte por todos sus asesinatos, fue ejecutado en Tokio a las 9 de la mañana del 17 de agosto de 1918. El capellán observó

que el corazón de Tokichi estaba tranquilo y en paz mientras pronunciaba sus últimas palabras: «Mi nombre está empañado, mi cuerpo muere en la cárcel, mi alma, purificada, vuelve hoy a la Ciudad de Dios».

A high-angle, top-down photograph of six young adults sitting in a circle on a light-colored wooden deck. They are all focused on reading or discussing books. Starting from the top left and moving clockwise: a man in a light blue t-shirt, a woman in a dark blue dress, a man in a red and white striped t-shirt, a woman in a white t-shirt, a man in a yellow t-shirt, and a woman in a red t-shirt. The scene is brightly lit, suggesting an outdoor setting during the day.

Apéndice

Iglesia y Palabra de Dios

«La Iglesia se funda sobre la Palabra de Dios, nace y vive de ella. A lo largo de toda su historia, el Pueblo de Dios ha encontrado siempre en ella su fuerza, y la comunidad eclesial crece también hoy en la escucha, en la celebración y en el estudio de la Palabra de Dios».

(Verbum Domini, 3)

A fin de profundizar en el contenido espiritual de los textos bíblicos del III Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo C, ofrecemos los *Comentarios* realizados por los últimos Sumos Pontífices en algunas de sus intervenciones.

COMENTARIO DEL PAPA JUAN PABLO II

El Papa Juan Pablo II, el 23 de enero de 1983, con motivo de su visita pastoral a la parroquia romana de Santa



Maria Regina Pacis, durante la homilía hizo el siguiente comentario a la *primera lectura* de ese domingo (Neh 8,2-4a.5-6.8-10):

«La primera lectura, tomada del libro de Nehemías, nos recuerda la veneración con la que el Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento escuchaba las palabras de la Sagrada Escritura, leídas por el sacerdote Esdras en el día “consagrado a Dios”: “Esdras abrió el libro en presencia de todo el pueblo [...] y cuando hubo abierto el libro, todo el pueblo se puso en pie, Esdras bendijo al Señor Dios grande, y todo el pueblo dijo: ¡Amén, amén! (Esd 9,5-6)”... Que la escucha de la Palabra de Dios alegre nuestro corazón y guíe nuestra conducta [en este] Año del Señor y a lo largo de nuestra vida. ¡Amén!».

COMENTARIO DEL PAPA BENEDICTO XVI

Teniendo como telón de fondo la *Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos*, el Papa Benedicto XVI, durante el *Ángelus* del 24 de enero de 2010, hizo el siguiente comentario a la *segunda lectura* de ese domingo (1Cor 12,12-30):

«Entre las lecturas bíblicas de la liturgia de hoy está el célebre texto de la *primera carta a los Corintios* en el que san Pablo compara a la Iglesia con el cuerpo humano... La Iglesia es concebida como el cuerpo, cuya cabeza es Cristo, y forma con él una unidad. Sin embargo, lo que al Apóstol le interesa comunicar es la idea de la unidad en la multiplicidad de los carismas, que son los dones del Espíritu Santo. Gracias a ellos, la Iglesia se presenta como un organismo rico y vital, no uniforme, fruto del único Espíritu que lleva a todos a una unidad profunda, asumiendo las diversidades sin abolirlas y realizando un conjunto armonioso. La Iglesia prolonga en la historia la presencia del Señor resucitado, especialmente mediante los sacramentos, la Palabra de Dios, los carismas y los ministerios distribuidos en la comunidad. Por eso, precisamente en Cristo y en el Espíritu la Iglesia es una y santa, es decir, una íntima comunión que trasciende las capacidades humanas y las sostiene... Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, nos conceda progresar siempre en la comunión, para transmitir la belleza de ser uno en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».



COMENTARIO DEL PAPA FRANCISCO

El Papa Francisco, durante su viaje apostólico a Panamá con motivo de la XXXIV Jornada Mundial de la Juventud, en la santa Misa celebrada en el Parque Metropolitano «San Juan Pablo II» ante 700.000 jóvenes de 160 países del mundo, comentando el Evangelio de ese domingo (Lc 1,1-4; 4,14-21) dijo:

«Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. Entonces comenzó a decirles: “Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír” (Lc 4,20-21). Así el Evangelio nos presenta el comienzo de la misión pública de Jesús. Lo hace en la sinagoga que lo vio crecer, rodeado de conocidos y vecinos y hasta quizá de alguna de sus “catequistas” de la infancia que le enseñó la ley... Una palabra proclamada hasta entonces solo como promesa de futuro, pero que en boca de Jesús solo podía decirse en presente, haciéndose realidad: “Hoy se ha cumplido”. Jesús revela el ahora de Dios que sale a nuestro encuentro para convocarnos también a tomar parte en su ahora de “llevar la Buena Noticia a los pobres, la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, dar libertad

a los oprimidos y proclamar un año de gracia en el Señor” (cf Lc 4,18-19). Es el ahora de Dios que con Jesús se hace presente, se hace rostro, carne, amor de misericordia que no espera situaciones ideales, situaciones perfectas para su manifestación, ni acepta excusas para su realización. Él es el tiempo de Dios que hace justa y oportuna cada situación y cada espacio. En Jesús se inicia y se hace vida el futuro prometido. ¿Cuándo? Ahora. Pero no todos los que allí lo escucharon se sintieron invitados o convocados. No todos los vecinos de Nazaret estaban preparados para creer en alguien que conocían y habían visto crecer y que los invitaba a poner en acto un sueño tan esperado. Es más, decían: “¿Pero este no es el hijo de José?” (cf Lc 4,22).

También a nosotros nos puede pasar lo mismo. No siempre creemos que Dios pueda ser tan concreto, tan cotidiano, tan cercano y tan real, y menos aún que se haga tan presente y actúe a través de alguien conocido como puede ser un vecino, un amigo, un familiar... Nosotros también podemos correr los mismos riesgos que los vecinos de Nazaret, cuando en nuestras comunidades el Evangelio se quiere hacer vida concreta y comenzamos a

decir: “Pero estos chicos, ¿no son hijos de María, José, no son hermanos de... son parientes de...? Estos, ¿no son los jovencitos que nosotros ayudamos a crecer...? Que se calle la boca, ¿cómo le vamos a creer? Ese de allá, ¿no era el que siempre rompía los vidrios con su pelota?”. Y lo que nació para ser profecía y anuncio del Reino de Dios termina

domesticado y empobrecido. Querer domesticar la Palabra de Dios es tentación de todos los días... Y como sucedió en la sinagoga de Nazaret, el Señor, en medio nuestro, sus amigos y conocidos, vuelve a ponerse de pie, a tomar el libro y decirnos: “Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír” (Lc 4,21)».



La publicación de la Carta apostólica *Spiritus Domini*, que modifica el canon 230 § 1 del *Código de Derecho Canónico* para dar a las mujeres la posibilidad de acceder a los ministerios instituidos del Lectorado y del Acolitado, así como la Carta del Santo Padre Francisco al Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el mismo tema, ambas publicadas el 10 de enero de 2021, ofrecen la posibilidad de profundizar en algunos aspectos del Ministerio del Lectorado desde el punto de vista bíblico para favorecer su institución en las comunidades.

UNA IGLESIA MINISTERIAL

La Iglesia es un entretejido de relaciones que extraen savia de la vida de Cristo que circula abundantemente gracias al anuncio de la Palabra «regla suprema de la propia fe» (DV 21), a la fracción del pan en la celebración de la Eucaristía por la que «se representa y se realiza la unidad de los fieles» (LG 3), a la oración de los creyentes y a la comunión (cf He 2,42). Esta vida divina que, a partir del Bautismo, corre por las venas de los creyentes, les impulsa a vivir toda su existencia como una liturgia que conduce a la *diaconía*, es decir, al servicio gozoso a Cristo y a los her-

manos (cf Rom 12,1-8). Esta *diaconía* o *ministerialidad*, que es constitutiva de la vida de la Iglesia y que se manifiesta de manera especial «en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas» (SC 41), no se agota en los ministerios ordenados (episcopado, presbiterado y diaconado), conferidos mediante un rito de ordenación sacramental, sino que se enriquece también con los ministerios instituidos, como el Lectorado y el Acolitado (cuyo otorgamiento no se llama «ordenación» sino «institución») y otros ministerios que se confían a los fieles laicos sin rito litúrgico.

El Lectorado y el Acolitado no nacen del Sacramento del Orden, sino que son instituidos por la Iglesia considerando «la actitud que los fieles tienen, en virtud del Bautismo, de asumir tareas y deberes especiales en la comunidad» (*Evangelizzazione e ministeri*, 62). Son un don con el que el Espíritu Santo edifica la Iglesia y suponen una gracia que se obtiene por la intercesión y la bendición de la Iglesia. El Lectorado y el Acolitado representan, pues, uno de los puntos de llegada de la reforma inspirada por el Vaticano II y, al mismo tiempo, también un punto de partida para desarrollos posteriores, sobre los que debemos re-

flexionar hoy, tras las cuestiones planteadas por el Sínodo de la Amazonia y después de los desafíos planteados por la pandemia de Covid-19, para alimentar la fe de los bautizados en circunstancias de restricción temporal de las libertades personales, incluida la recepción de los sacramentos.

Puesto que «la fe viene de la escucha y la escucha se refiere a la palabra de Cristo» (Rom 10,17), es necesario que la Iglesia envíe a los hermanos a cuantos «traen la buena noticia del bien» (Rom 10,15), fieles laicos, hombres y mujeres, dedicados a proclamar la Palabra durante la celebración eucarística y a transformarla en vida mediante el testimonio personal, la evangelización y la catequesis. Icono de la Iglesia que anuncia el Evangelio al mundo, el lector o la lectora responde al mandato recibido del Resucitado –«Id a todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura» (Mc 16,15)–, hace resonar la Palabra dando voz a Dios en la asamblea y, al proclamarla en su propia persona, la actualiza y ofrece una primera comprensión de la misma.

La tarea profética de proclamar la Palabra en la asamblea es el signo sacramental de la *martyria* (testimonio) de esa misma Palabra en la vida del mundo. Esta tarea, sin embargo, no termina en el contexto de la celebración

litúrgica, sino que se extiende a un servicio que intercepta a los hermanos y hermanas dondequiera que estén.

FUNDAMENTO BÍBLICO-TEOLÓGICO

Si el profeta es testigo de la eficacia de la Palabra de Dios, como se ve con Ezequiel, invitado a comerse el rollo de la Palabra (Ez 2,8; 3,1-3), con Isaías, llamado por Dios a llevar su Palabra después de experimentar la purificación de sus labios (Is 6,5-7), y con Jeremías, elegido para ser «la boca de Dios» (Jer 1,9; 15,19), sin embargo, es el escriba *Esdras* quien en el Antiguo Testamento se convierte en el depositario oficial de la Palabra, icono del lector que distribuye la Palabra, sintetizada en la expresión «el libro de la ley de Moisés» (Neh 8,2), proclamándola al pueblo.

Después del drama del exilio y la difícil reconstrucción de las murallas en el momento del regreso a la tierra, el pueblo conserva la clara conciencia de que sigue siendo socio de la alianza con Dios y custodio de una Palabra que es el adhesivo que mantiene unidos a sus miembros, anclándolos en la memoria de las «grandes cosas que el Señor ha hecho» (Dt 11,7) en el pasado y la fuerza atrayente que hace con-



verger «como un solo hombre» (Neh 8,1) a hombres y mujeres «capaces de entender» su mensaje y animados por el deseo de prestar oído al libro de la ley (Neh 8,3). Se vuelve así al origen: el pueblo de la alianza nace de la escucha que es la puerta de entrada de los mandamientos, como recuerda el célebre pasaje del *Shema' Yisráêl* de Dt 6,4-9, la obra maestra de la espiritualidad hebrea, incrustado en el corazón de la oración de Israel y puesto como fundamento de su tradición. Con mucha probabilidad la fórmula «Escucha, Israel» era la invitación tradicional con la que se abría el *qâhâl*, la asamblea cultural de las tribus, y que se reitera en los textos centrales de las tradiciones del éxodo. La fuerte llamada que resuena en el *Shema'* remite a dos etapas: la interiorización de la Palabra (vv. 4-6) y su transmisión (vv. 7-9).

Se parte de *un itinerario en el que tendiendo hacia Dios se va hacia sí mismo* para abrir el propio interior a la Palabra de Dios y luego fijarla, assimilarla, darle hospitalidad para que toda la persona viva un verdadero «corazón a corazón» con el Dios que habla. El segundo es *un itinerario hacia el prójimo*, que prevé la transmisión de la Palabra por medio de una especial generatividad espiritual. A través de este proceso de memorización (que

comienza con la escucha y consiste en recordar y comprender) y de tradición (que tiene lugar mediante la enseñanza), la Palabra inmaterial toma consistencia y se manifiesta a través de la educación familiar, la propia red de relaciones, e incluso a través de la ropa y la vivienda. Sobre cada aspecto de la vida el creyente pone el sello de la Palabra que, solo si es acogida concretamente, puede fluir también hacia el exterior; hacia el mundo.

Para celebrar el acontecimiento del retorno a Jerusalén y en Judea y sancionar el renacimiento de su propia identidad, el pueblo parte de nuevo de la Palabra, el regalo de bodas de Yhwh a Israel, su esposa, la pone en el centro y organiza fuera del recinto sagrado del Templo una solemne liturgia descrita detalladamente en el libro de Nehemías (8,1-12). Esa liturgia aparece como *el modelo de la lectura sinagogal y de toda liturgia de la Palabra*. Incluso sin entrar en el Templo ni practicar los sacrificios, la comunión con Dios es posible gracias a la escucha de la Palabra, especialmente del libro del Deuteronomio, la segunda ley-alianza que reformula la ley-alianza sinaítica (Éx 20-31) dada en vista de la entrada en la tierra prometida.

En el pueblo que se reúne (el verbo en la versión griega es *synago*, de don-

de deriva el término «sinagoga») en la plaza, en la comunión que armoniza la diversidad en la unidad de los sentimientos, en el texto sagrado presentado a todos con gran solemnidad, en la lectura realizada desde lo alto de una plataforma de madera que recuerda el ambon, en la veneración de todo un pueblo conmovido por el contenido de una palabra que pone en movimiento su existencia, se puede identificar la matriz de nuestra actual liturgia de la Palabra. Junto al poder unificador de la Palabra que reúne al pueblo como si fuese «un solo hombre» (Neh 8,1), se observa la perseverancia y dedicación del lector y de los oyentes que le destinan amplio tiempo, desde el amanecer hasta el mediodía (Neh 8,3), y el dinamismo de la lectura/proclamación-traducción y explicación/comprensión (Neh 8,3.8.12) que mueve a la conversión y a la alegría. La escucha de la Palabra produce esencialmente tres efectos: reagrupa al pueblo que había vivido la dispersión; enjuga las lágrimas procedentes de la prueba de la deportación comunicando la alegría, y restituye a Israel una dimensión constitutiva de su identidad, la de la fiesta, mediante el retorno a las antiguas tradiciones, en particular a la Fiesta de las tiendas, que conmemoraba la estancia de los padres en las tiendas tras el éxodo de Egipto.

Esta práctica de *lectura-comentario* de la Escritura se hizo cada vez más popular a través del servicio sinagogal, que consistía en la lectura de la *Torá* y los Profetas. Los detalles de la liturgia sinagogal se recogen en el Nuevo Testamento, en el episodio de Lc 4,16-22, donde se describe a Jesús, asistente frecuente a la sinagoga, en la doble función de lector y predicador del texto sagrado. El evangelista describe el culto sabático de la sinagoga, centrado en la lectura de la Escritura, verdadero corazón del culto, de forma bastante precisa y detallada. Después de la recitación de algunas oraciones, como el *Shema'*, los mandamientos, la *tefillah* o la oración de las dieciocho bendiciones, seguía la lectura de un pasaje de la *Torá* y de uno de los Profetas (como se ve también en He 13,27; 15,21; 2Cor 3,15) por un laico, la homilía y una oración que terminaba con una gran doxología (el *kaddish*). Por esto, a Jesús se le confía el rollo de Isaías y realiza las acciones rituales: se levanta para leer el pasaje y se sienta para comentarlo. Junto a Jesús se encuentra un asistente (*yephrètes*) al que entrega el rollo de Isaías tras la lectura. Conforme al texto, no había lectores oficiales, sino que todos podían ser invitados por el jefe de la sinagoga a leer y comentar la Palabra, incluidos los visitantes ocasionales, como



ocurre en He 13,15, donde Pablo y sus compañeros, que habían acudido a la sinagoga de Antioquía el sábado, son invitados a transmitir unas palabras de exhortación.

En Ap 1,3 encontramos la bienaventuranza del lector (*ho anaghinóskon*) que se sitúa al lado de la de los oyentes. Lo que la comunidad joánica lee «en el día del Señor» (Ap 1,10), en el contexto litúrgico, donde se experimenta la resurrección del Señor, ya no son las Escrituras de Israel, sino las cristianas, llamadas «palabras de profecía», consideradas inspiradas, que todo creyente debe custodiar (cf Ap 1,3; 22,7). A las Escrituras veterotestamentarias se añaden las Escrituras de la Nueva Alianza, como las Cartas de los apóstoles, que son leídas, explicadas y actualizadas por los *didáskaloi*, es decir, los maestros. Luego, como confirman varios testimonios del siglo II de la era cristiana, aparece la figura del lector (en griego *anagnóstes*, en latín *lector*), encargado de leer la Escritura durante las celebraciones litúrgicas, un papel muy importante desde el momento en que la lectura de los textos sagrados es uno de los elementos litúrgicos de claro origen apostólico. Justino ya lo menciona en su *Primera Apología* (compuesta hacia el año 150), que distingue al lector del presidente que da la exhortación;

con Tertuliano en el año 200, se perfila un ministerio propio y estable, distinto a aquel del obispo, del presbítero y del diácono; e Hipólito de Roma aclara en su *Traditio Apostolica* que «el lector es instituido en el acto en que el obispo le entrega el libro: no se le hace, de hecho, la imposición de las manos». A los lectores se les ofrecía una profunda formación bíblica, hasta el punto de que durante las celebraciones litúrgicas podían leer todos los libros sagrados, incluidos los Evangelios, de los que también eran custodios físicos. En el siglo IV, la lectura de los Evangelios se confía al diácono y, a partir del siglo VII, el lectorado disminuye progresivamente hasta convertirse en una de las *órdenes menores*.

La revisión de las *órdenes menores* se produjo solo gracias a la insistencia del Concilio Vaticano II. Con el *Motu proprio* de Pablo VI *Ministeria quaedam* del 15 de agosto de 1972, los ministerios instituidos, que hasta ese momento en la Iglesia latina eran etapas en el itinerario hacia los ministerios ordenados, «han recibido una autonomía y estabilidad propias, como también una posible destinación a los mismos fieles laicos» (*Christifideles laici*, 23). El Sínodo sobre la Palabra de Dios de 2008 reafirmó que «mientras que en la tradición latina el Evangelio lo proclama el

sacerdote o el diácono, la primera y la segunda lectura las proclama el lector encargado, hombre o mujer» (VD 58). La instrucción del 20 de julio de 2020 de la Congregación para el Clero va un paso más allá cuando afirma: «Los fieles laicos, a norma del derecho, pueden ser instituidos lectores y acólitos en forma estable, a través de un rito especial» (*La conversión pastoral*, 97). Y la reciente Carta apostólica *Spiritus Domini* lo confirma: «Los laicos [de sexo masculino o femenino] que tengan la edad y condiciones determinadas por decreto de la Conferencia Episcopal, pueden ser llamados para el ministerio estable de lector y acólito, mediante el rito litúrgico prescrito».

La Iglesia, para vivir, necesita «alimentarse del pan de vida» no solo de la mesa del Cuerpo de Cristo, sino también de la mesa de la Palabra de Dios (DV 21). La escucha de la Palabra de Dios es condición esencial para la vida de todo bautizado y de toda la Iglesia. Es de la Palabra de donde nace la Iglesia con sus sacramentos, y es la palabra del Evangelio la que lleva la Iglesia cuando sale para ir en misión y llegar «a los núcleos más profundos del alma de las ciudades» (EG 74). Esta Palabra, contenida en la Escritura, se concentra enteramente en Cristo que, según la tradición patrística y medieval,

es el «Verbo abreviado». En él, las *verba multa* (las muchas palabras) de los escritores bíblicos se convierten para siempre en *Verbum unum* (la única Palabra) que da acceso a un camino de espiritualidad cristiana que conduce a la intimidad con el Padre y a la comunión con los hermanos y las hermanas.

Para que el pueblo de Dios pueda escuchar la Palabra de Dios (cf Lc 11,28), el Espíritu Santo ha suscitado el ministerio del lectorado. Este hunde sus raíces en el proyecto de amor del Padre para la salvación de los hombres, revelado y realizado en su Hijo Jesús que, resucitado de entre los muertos, ascendió al Padre y confió a la Iglesia, en la persona de los apóstoles, el mandato de proclamar el Evangelio a toda criatura (cf Mc 16,15).

Según las indicaciones dadas por el Papa Francisco en su Carta dirigida al Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe a propósito de la promulgación del *Motu proprio Spiritus Domini*, estamos a la espera de las modificaciones del «Rito de Institución de Lectores y Acólitos». El rito actual prevé que el *Ministerio de Lector* sea conferido durante la celebración eucarística. Inmediatamente después de la proclamación del Evangelio, se llama a los candidatos por su nombre, sigue la homilía o exhor-



tación del celebrante, la invitación a la oración dirigida a la asamblea, la oración solemne de bendición y el rito explicativo, que para los Lectores consiste en la entrega del libro de la Sagrada Escritura.

FORMACIÓN DE LOS CANDIDATOS A ESTE MINISTERIO

Según la decisión del Papa Francisco, «corresponderá a las *Conferencias Episcopales* establecer criterios adecuados para el *discernimiento* y la *preparación* de los candidatos al *ministerio del Lectorado*» (*Carta al Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe*, 10 de enero de 2021), en base a las situaciones personales y locales, a fin de evitar cualquier improvisación, porque el *lector* es el primer mediador de la Palabra de Dios, el que debe ayudar a la asamblea litúrgica a acoger y custodiar el mensaje para traducirlo en vida. Toda su persona está llamada a transmitir una Palabra que es «poder de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rom 1,16). El cuerpo, el rostro, la voz, e incluso la indumentaria, se convierten en vehículos del mensaje de la Escritura. También se pide al lector que no solo lea los textos, sino que comprenda el mensaje que contienen

(cf He 8,30) para poder acogerlo en la fe. Para ello, será importante un *proceso permanente de acercamiento al texto bíblico*, que comprenda las tres etapas del leer, comprender y creer.

Es oportuno que esta *preparación* prevea: una *formación lingüística, histórica y cultural* que les permita leer rápidamente el texto, captar su articulación interna y centrarse en el contexto de los acontecimientos narrados y en las categorías culturales con las que se

escribieron los distintos textos bíblicos; una *formación bíblica y teológica* que les ayude a captar las diferencias entre los géneros literarios, la intención de los autores bíblicos, los efectos que querían producir y el corazón del mensaje revelado a la luz de la fe; una *formación litúrgica* que les permita captar el sentido profundo de la liturgia, la estructura de la liturgia de la Palabra y la relación entre la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística;

una *formación técnica* que les permita leer el texto bíblico sin ningún tipo de vergüenza, con una dicción correcta, con la entonación adecuada según su género literario, ya sea a viva voz o con el uso de dispositivos de amplificación que hagan más comprensible el contenido de las lecturas, adoptando una postura que les permita emitir la voz de la mejor manera posible, utilizando una vestimenta adecuada que combine sobriedad y decoro.



AMAR LA PALABRA DE DIOS

La familia, «Iglesia doméstica» (LG 11), es un lugar propicio para escuchar, meditar y orar la Palabra de Dios (cf VD 85). Sin embargo, para que esta alimente plenamente la vida eclesial y familiar, es necesario renovar cada día tres decisiones:

1. Amar la Palabra de Dios, porque la frescura del amor elimina las toxinas del narcisismo.
2. Amar la Palabra de Dios, porque la abundancia de amor produce energía para afrontar las dificultades de la vida.
3. Amar la Palabra de Dios, porque la fragancia del amor permite percibir que la única persona que necesita cambiar somos nosotros mismos.

Amando la Palabra de Dios le damos la posibilidad de descender más rápidamente a las profundidades de nuestros miedos (a menudo no expresados) y de iluminar con sentido pleno las alegrías que vivimos. Amar la Palabra de Dios es la forma más eficaz de evitar ser personas-corcho: individuos incapaces de descender a la profundidad de las grandes cuestiones existenciales presentes en nuestro corazón, resignados a flotar en la superficie del parloteo cotidiano. El amor, en

cambio, cava; el amor no huye de las decepciones y los fracasos; al contrario, penetra en ellos para procesarlos y descubrirlos como una oportunidad de renacimiento y relanzamiento: «Te sientes acorralado. Sueñas con escapar. Pero ten cuidado con los espejismos. Para huir de ti mismo, no corras, no huyas: excava más bien en este estrecho espacio que te es dado... La vanidad corre, el amor cava. Si huyes de ti mismo, tu prisión correrá contigo, y con el viento de la carrera se estrechará cada vez más a tu alrededor: si, por el contrario, te sumerges en ti mismo, ¡se abrirá y se convertirá en paraíso!» (Gustave Thibon).

Es conveniente preguntarse:

- ¿Amo la Palabra de Dios? ¿Cómo puedo demostrar mi amor por ella?
- ¿Siento que la Palabra de Dios me hace crecer en el amor a la Iglesia y a mi familia?

LA PALABRA DE DIOS PROMUEVE EL COMPARTIR

«Así preparas la tierra: riegas los surcos, igualas los terrones, tu llovizna los deja mullidos, bendices sus brotes» (Sal 65). Dios mismo es el modelo al que el hombre debe referirse para habitar la

tierra según la justicia. A lo largo del año, Dios trabaja diligentemente como un sabio agricultor porque quiere alimentar a su familia, la humanidad.

Los primeros capítulos del libro del Génesis son realistas: a menudo experimentamos a la tierra aparentemente olvidada por su jardinero, regada con una aterradora regularidad por la sangre del inocente Abel. Sin embargo, las mismas páginas nos recuerdan también el sueño de Dios: la humanidad está llamada a habitar la tierra y a cooperar con su Creador custodiándola con pasión y cultivándola responsablemente. En el sueño de Dios, la tierra es el jardín del encuentro, del enfrentamiento y del compartir.

Ayudémonos mutuamente a vivir nuestras relaciones eclesiales y familiares labrando profundamente en la tierra de nuestros esquemas mentales con la reja del arado de la buena Palabra de Dios, para aprender a acoger y descubrir como hermanos a los que ya no pueden cultivar su tierra porque se ven obligados a huir por las guerras y la violencia. El Papa Francisco nos recuerda que la tierra que Dios nos ha confiado está habitada en gran parte por personas hambrientas y desesperadas, que necesitan ser acogidas en torno a la mesa de la solidaridad: «¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes

nos sucedan, a los niños que están creciendo? Esta pregunta no afecta solo al ambiente de manera aislada, porque no se puede plantear la cuestión de modo fragmentario. [...] Si esta pregunta se plantea con valentía, nos lleva inexorablemente a otros cuestionamientos muy directos: ¿Para qué pasamos por este mundo?, ¿para qué vinimos a esta vida?, ¿para qué trabajamos y luchamos?, ¿para qué nos necesita esta tierra?» (*Laudato si'*, 160).

- ¿La meditación de la Palabra de Dios te ha llevado a cuidar la creación y a compartir tus bienes con los necesitados?

LA PALABRA DE DIOS PROPONE UN ESTILO DE VIDA

«La tierra que yo te mostraré» (Gén 12,1): con esta indicación, Dios abre la ventana de la vida de Abrahán hacia horizontes imprevistos, diferentes a los que había previsto en su «agenda». La promesa de Dios de otra tierra permite a Abrahán experimentar la vida como un camino siempre nuevo, siempre hacia delante, hacia una meta que le dará el valor de atravesar las alegrías y las dificultades de la cotidiana aventura humana. «Tierra prometida»



es el estilo de vida de quien se deja involucrar por Jesús de Nazaret, el Dios manso y humilde; es el estilo con el que estamos llamados a relacionarnos con el cónyuge, los hijos, los compañeros de colegio, los profesores, los compañeros de trabajo, los vecinos, los padres, los pobres y los necesitados, los ricos y los sanos. «Tierra prometida» no es «tierra conquistada». «Tierra prometida» evoca la precariedad de la marcha. «Tierra conquistada» alude a la conservación de un trofeo. «Tierra

prometida» genera deseo y apertura al futuro. «Tierra conquistada» promueve el inmovilismo y el miedo al futuro.

¿Conquistadores o caminantes? El conquistador considera la «tierra prometida» como una realidad de la que hay que apoderarse, o como un papel a obtener a cualquier precio y a ocupar el mayor tiempo posible. El conquistador explota la «tierra prometida» en su propio beneficio, olvidándose de Aquel que se la confió y de por qué se la había prometido. El conquistador se adormece

gustosamente en el cómodo sillón de haberlo entendido todo y, casi siempre, de haberlo entendido mejor que los demás.

El caminante, por su parte, descubre en las personas que le rodean y en el ambiente que lo circunda la «tierra prometida» hacia la que está llamado a dar el primer paso para crear fraternidad y preservar la «casa común» de la humanidad.

- ¿Caminantes en esta tierra o conquistadores de esta tierra?

LA PALABRA DE DIOS GENERA BIEN COMÚN

«El faraón dijo a José: “He aquí que te pongo al frente de toda la tierra de Egipto”» (Gén 41,41). El relato de José (cf Gén 37-50) tiene el valor de dar a las primeras páginas del Génesis el complemento adecuado sobre la correcta relación del hombre con la tierra: hacen falta hombres como José el Egipcio, personas que sepan cuidar y cultivar la tierra en tiempo de vacas gordas y, sobre todo, en tiempo de vacas flacas. José el Egipcio interpreta el trabajo como un verdadero estadista: valorando las cosechas, almacenándolas en graneros pero sabiendo después abrirlos en el momento de la necesidad. Los habitantes «de todas las naciones» acudían a Egipto, tratando de escapar del hambre «porque el hambre hacía estragos en toda la tierra» (Gén 41,57). La sabiduría agrícola de José hizo de la tierra egipcia un lugar de convergencia, un lugar de acogida y un modelo de economía solidaria. José el Egipcio realizó el sueño de Dios ideando soluciones adecuadas y concretas capaces de generar el bien común para la humanidad necesitada.

Los hermanos de José también llegaron a la tierra de Egipto: él los reconoció entre los muchos refugiados que





llegaron allí después de haber afrontado viajes agotadores y peligrosos por tierra o... por mar. José abraza a sus hermanos refugiados, disolviendo todo rencor y prejuicio en el perdón. En la tierra egipcia, cultivada y cuidada por José, se comparte ahora otro tipo de alimento, indispensable para la supervivencia de la humanidad: el grano fuerte y tierno de la reconciliación fraterna, tomado del granero de la misericordia de Dios.

- ¿La Palabra de Dios me ha llevado a ser misericordioso, a perdonar a los que me han ofendido, a buscar el bien común?

LA PALABRA DE DIOS SOSTIENE EN EL CAMINO

«Dios le gritó desde la zarza. “¡Moisés, Moisés!”. Él respondió. “¡Aquí estoy!”. Dijo: “¡No te acerques! Quítate las sandalias de los pies...”» (Éx 3,4-5). Moisés, el caminante por excelencia hacia la Tierra Prometida, revela lo que significa caminar, dentro de los límites de la precariedad humana, con un Dios liberador y un pueblo llamado a la libertad. En su vocación, Moisés comprende que su propia vida será un camino impredecible, imposible de planificar

hasta el mínimo detalle: «Caminante, son tus huellas el camino. Caminante, no hay camino, se hace camino al andar» (Antonio Machado).

Para poder caminar al ritmo del corazón de Dios, en la vulnerabilidad que hemos experimentado como Iglesia y como familia durante la pandemia por Covid-19, estamos llamados a hacer como Moisés, a quitarnos las sandalias: renunciar a la rigidez de nuestros puntos de vista y suavizarlos en el fuego de la ternura de Dios. Incluso la revelación del propio nombre de Dios no lo dice todo sobre la identidad del que está llamando a Moisés; Dios está siempre más allá de toda nuestra comprensión: es la precariedad de lo que parecemos haber comprendido sobre Dios. Nuestro caminar como Iglesia y como familia necesitará los músculos de la humildad, la amabilidad y la cordialidad. Al pensar en el poder de Egipto, Moisés es consciente de su propia incapacidad, pero se acerca al faraón e intercede por el pueblo de Dios.

El camino en el desierto evidencia aún más la precariedad del caminar hacia la Tierra Prometida; sin embargo, incluso en el desierto Dios cuida de su pueblo: «Lo encontró en el desierto. Lo rodeó, lo alimentó, lo mantuvo como a la niña de sus ojos» (Dt 32,10).

Después de haber gastado toda su vida para alcanzarla, Moisés no puede entrar en la Tierra Prometida: la contempla desde lejos, aceptando que otros ocupen su lugar. Moisés experimenta que la Tierra Prometida es esperanza para los caminantes que saben mirar a lo lejos por el bien de los demás.

- ¿Cómo me he sentido sostenido por la Palabra de Dios en los momentos difíciles?

LA PALABRA DE DIOS INFUNDE ESPERANZA

«Señor, déjala todavía este año» (Lc 13,8). En la parábola del evangelista Lucas se cuenta que, aunque el dueño de una viña había plantado una higuera en una tierra fértil como la de las vides, la higuera no da ningún fruto. Gracias a la intervención del viñador (maravillosa figura de Jesús), la higuera será escardada y abonada con la esperanza de que dé fruto. Con la escasez de fertilizantes que había en aquella época, solo se abonaban las vides; desde luego, no los higos, que generalmente crecen y fructifican en suelos pobres y rocosos: este es un elemento más para apreciar el sorprendente amor del viñador por esta higuera.

«Todavía este año»: el Evangelio acierta a comunicar cómo la paciencia del Padre, «sugerida» por el Hijo, es capaz de ofrecer una nueva posibilidad de vida justo cuando la suerte de esa planta parece ya marcada. Asimismo, la vida cotidiana que nos toca vivir como Iglesia y como familia es un tiempo de misericordia, de paciencia por parte de Dios, incluso cuando... no damos fruto.

«Todavía este año»: esta indicación de tiempo está concebida por el Evangelio para estimularnos, como Iglesia y como familia, a redescubrir la urgencia de reformar nuestras actitudes cotidianas, revisando las inclinaciones de nuestro corazón. Provoca alegría saber que hay un Viñador que, además de dedicarse a la gran y fructífera viña, también se tomará el tiempo de remover pacientemente nuestra vida cotidiana eclesial y familiar, que puede ser como aquella higuera: incapaz de dar frutos. Dar fruto no es lo más urgente para la Iglesia y la familia, sino aprender cotidianamente a dejarse trabajar por Jesús y su amor por nosotros, tal como estamos ahora.

- En este año, ¿he dejado que Jesús, la Palabra encarnada, entre en lo más profundo de mi corazón para que pueda transformarlo?

Solo quien escucha puede anunciar: Palabra de Dios y Catequesis a la luz del nuevo *Directorio*

«La Palabra de Dios es el pan cotidiano que regenera y alimenta continuamente el camino eclesial. El ministerio de la Palabra nace de la escucha y educa para el arte de la escucha, ya que solo el que escucha puede también anunciar. “Toda la evangelización está fundada [sobre la Palabra de Dios], escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización” (EG 174)».

(*Directorio para la Catequesis*, 283)

El nuevo *Directorio para la Catequesis*, publicado por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización el 25 de junio de 2020, al abordar el tema de la transmisión del Evangelio –el mandato confiado por el Señor Jesús a su Iglesia (cf Mt 28,18-20)– destaca que esta tarea ha sido realizada transmitiendo la Palabra de Dios de forma oral (la Tradición) y por escrito (la Sagrada Escritura). No se puede olvidar que la Iglesia puede estar al servicio de la Palabra de Dios y anunciarla eficazmente al mundo, solo en la medida en que sepa primero permanecer ante la Palabra en «religiosa escucha» (DV 1).

A este respecto, retomando las palabras de Benedicto XVI, el *Directorio*, en el número 283, recuerda que «la Iglesia se funda sobre la Palabra de Dios, nace y vive de ella. A lo largo de toda su historia, el Pueblo de Dios ha encontrado siempre en ella su fuerza, y la comunidad eclesial crece también hoy en la escucha, en la celebración y en el es-

tudio de la Palabra de Dios» (*Verbum Domini*, 3). Parece que oímos en estas palabras la apremiante invitación de san Pablo VI que, en *Evangelii nuntianti*, afirmaba: «*Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma*. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. [...] La Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio» (n. 15).

La Iglesia, en cada una de las fases del proceso de evangelización, anuncia la Palabra de Dios a toda la humanidad, explicitando así un ministerio que «nace de la escucha y educa en el arte de la escucha» de la Palabra (cf DC 283). Entre las diversas formas en que puede ejercerse el *ministerio de la Palabra* (cf DC 37), está el servicio ca-

tequístico, en la pluralidad de tipologías con que puede desarrollarse: primer anuncio, catequesis de iniciación cristiana, catequesis permanente, etc. En la vida de la comunidad cristiana, la catequesis tiene la tarea de ser la «caja de resonancia» de la Palabra de Dios en el corazón de los hombres, ayudando a cada uno a entrar en un diálogo íntimo y amoroso con Dios a través de su Palabra encarnada, Jesucristo Vivo y Resucitado, el único que puede responder a sus deseos y aspiraciones más profundas (cf DC 53-54. 91-92). Por tanto, la catequesis no puede entenderse sino a partir de su vínculo vital con la Palabra de Dios, que constituye su motivación más profunda.

Al delinear sintéticamente los objetivos de la catequesis, el *Directorio* afirma: «Realidad dinámica y compleja al servicio de la Palabra de Dios, esta acompaña, educa y forma en la fe y para la fe, introduce en la celebración del Misterio, ilumina e interpreta la vida y la historia humana» (n. 55).

● En primer lugar, de hecho, la catequesis se presenta como un *itinerario de acompañamiento y de educación en la fe*, tanto para los que todavía no conocen al Señor, como para los que ya se han adherido a él y han manifestado el deseo de seguirlo más de cerca (cf DC 80).

- En segundo lugar, la catequesis *abre a la celebración del Misterio* a través de la experiencia de la liturgia, de los sacramentos, de la oración y de la piedad popular: de este modo, los bautizados adquieren una experiencia viva y eficaz de la gracia de Dios y continúan alimentándose y creciendo en el discipulado (cf DC 81-82. 86-87. 286).
- En tercer lugar, la catequesis ayuda progresivamente a los cristianos a iluminar e *interpretar la vida y la historia humana a la luz de la fe*, permitiendo que su modo de pensar, juzgar y actuar sea modelado por el Espíritu Santo y se conforme cada vez más con la vida nueva del Resucitado (cf DC 83-85).
- En cuarto lugar, la catequesis *introduce a los hijos de Dios en la vida de la comunidad eclesial* donde, viendo relaciones fraternas bajo el signo del amor y del compartir, se convierten en testigos del Señor en el mundo, dispuestos a proclamar como discípulos misioneros la alegría de haberlo encontrado (cf DC 88-89. 284).

En cada uno de estos ámbitos –anuncio de la fe, iniciación a la celebración del Misterio, formación de la conciencia, vida comunitaria e impul-



so misionero– la catequesis no puede dejar de referirse a la Sagrada Escritura, por su especial relación con la Palabra de Dios. La Escritura, que «toca profundamente el alma humana, más que cualquier otra palabra» (DC 91), es «esencial para progresar en la vida de fe» (DC 74). Por este motivo, la catequesis se esforzará por introducir concretamente a los fieles en el conocimiento de las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, que son fundamentales para comprender las etapas de la historia de la salvación con sus acontecimientos y protagonistas. La familiaridad con el texto sagrado, siempre leído y meditado en la fe y en la Tradición de la Iglesia, abre el corazón del bautizado al conocimiento de las *mirabilia Dei* y le enseña a percibir al Señor vivo y actuante en el mundo. «Habitar» en los pliegues de los acontecimientos y personajes bíblicos hace posible esa lenta transformación interior del discípulo que, seducido por la voz del Maestro y junto a él, hace de su propia vida un don para los hermanos.

A fin de que los catequistas puedan hacerse compañeros de viaje de sus hermanos en la maravillosa experiencia de conocer y seguir al Señor, es necesario que ellos crezcan, primero, en la escucha de la Palabra de Dios. A este respecto, el *Directorio* no olvida sub-

rayar la importancia de la *formación bíblica de los catequistas* (cf DC 143-144), que les permitirá conocer cada vez más íntimamente a Aquel a quien en la fe ya han aceptado como Señor. Poner todo el empeño, tanto en la comunidad parroquial como en la diocesana, para proporcionar itinerarios bíblicos, días o semanas de estudio y profundización en un libro de la Escri-

tura, momentos de lectura y meditación de las páginas sagradas, es quizá, entre las actividades pastorales, la que más eficazmente permite que la semilla de la fe eche raíces profundas y dé frutos para el futuro.

Una propuesta para la formación bíblica es la *catequesis bíblica*, que puede implementarse en las parroquias o en los grupos, asociaciones y movimientos

eclesiales. Esta pretende dar a conocer las *obras y palabras* con las que Dios se ha revelado a la humanidad en su historia concreta. El *método* para realizarla puede resumirse esquemáticamente en los siguientes pasos:

1. El catequista elige un *texto bíblico*, teniendo en cuenta las necesidades de los participantes o el camino que





han elegido seguir. Tras invocar al Espíritu Santo con una oración o un canto, se proclama el pasaje lentamente y con voz clara.

2. El catequista deja tiempo para la *lectura personal del texto*, invitando a sus interlocutores a *fijarse en la situación vital* de los personajes, en los diálogos entre ellos, en las acciones realizadas por ellos, en los *acontecimientos de la historia personal o comunitaria* a los que alude el relato. Cada participante debe tomar nota de lo que observa en el texto.
3. El catequista invita a sus interlocutores a *compartir* el fruto de su observación, buscando la participación de todos.
4. El catequista guía la *reflexión del grupo*, resaltando aquellos aspectos del relato que llevarán a *descubrir las obras y palabras* a través de las cuales Dios se ha revelado al hombre en su *historia personal* y en la *historia de la comunidad*.
5. El catequista propone una serie de *preguntas* para que cada uno de los participantes *tome conciencia de las obras y palabras con las que Dios se ha dado a conocer* y ha revelado su amor y cercanía, especialmente en las situaciones más difíciles de su vida. También despierta en ellos el

compromiso de actuar y hablar como Dios lo ha hecho con ellos.

6. En el momento final de la *oración*, el catequista invita a sus interlocutores a *poner* en manos de Dios los *compromisos* adquiridos durante la catequesis.

A continuación se presenta *un ejemplo* de este modelo de Catequesis bíblica, tomando en consideración el pasaje evangélico del encuentro de Jesús con la mujer samaritana.

1. Tras la invocación del Espíritu Santo, se proclama el texto de Jn 4,5-42.
2. Se deja un tiempo para la lectura personal y la meditación del texto, observando la situación de Jesús, la situación de la samaritana, los diálogos entre ellos, las acciones que cada uno realiza, los acontecimientos históricos a los que se alude, el cambio en la samaritana y en sus coterráneos.
3. Los participantes comparten los aspectos del punto anterior que han podido identificar.
4. Algunos elementos para profundizar el texto bíblico:
 - Jesús, como muchos hombres cansados del camino, busca el descanso, intenta recuperar las fuerzas y se sienta cerca de un

pozo. Es la hora del calor más intenso: la soledad y la necesidad se unen en este momento (v. 6).

- Jesús rompe los estereotipos y pide a una samaritana que le dé de beber (vv. 7-9). Dios toma siempre la iniciativa, se acerca humildemente al hombre en las situaciones cruciales de su existencia para entrar en diálogo con él y conducirlo a descubrir su presencia amorosa en ellas, así como en la historia de la humanidad. De este modo, el hombre puede darse cuenta de que solo él puede darle lo que verdaderamente desea en lo profundo de su corazón (vv. 10-26).
- La mujer samaritana, impresionada por las obras y palabras de Jesús, se pregunta si será el Mesías esperado y lo comunica a los demás habitantes del poblado, hombres y mujeres que, como ella, están excluidos de la vida social y religiosa, quedando al margen del camino. Van a su encuentro, comprometiéndose en primera persona (vv. 28-30).
- Los samaritanos, al entrar en contacto directo con Jesús, creen en él; en sus obras y palabras han encontrado al Salvador del mundo (vv. 39-42).

5. A la luz del texto bíblico se pueden sugerir algunas preguntas para la aplicación y el compromiso personal:

- ¿En qué momentos o situaciones de la vida me he sentido cansado, desanimado para continuar el camino?
- ¿Dónde he buscado el descanso, dónde he ido a recuperar las fuerzas?
- ¿En qué momentos o situaciones he descubierto la presencia de Dios y me he sentido amado por Él? ¿A través de qué personas, obras y palabras?
- ¿Me siento movido a compartir la experiencia de su amor con los demás? ¿Con qué obras y palabras puedo hacer que quienes han sido marginados por la sociedad o la Iglesia experimenten a Jesús como su Salvador?

6. La catequesis puede concluirse explorando la intercesión de la Virgen María, modelo por excelencia de quienes escuchan, meditan, acogen y ponen en práctica la Palabra de Dios.

El logo del Domingo de la Palabra de Dios se inspira en el pasaje evangélico de los discípulos de Emaús (cf Lc 24,13-33) y pone de relieve el tema de la relación entre los caminantes, ex-

presado en miradas, gestos y palabras. Jesús aparece como el que «se acerca y camina con» la humanidad (Lc 24,15), «habitando entre nosotros» (Jn 1,14).



Los discípulos

«Dos de ellos se dirigían a una aldea» (Lc 24,13). En los dos discípulos, Lucas capta el rostro de todos los creyentes. La atención a la reciprocidad entre lo masculino y lo femenino, que recorre toda la historia lucana, ha llevado a algunos exegetas a verlos como una pareja, identificando en el discípulo anónimo a la esposa de Cleofás.

La luz

Cuando tiene lugar la puesta del sol, otra luz calienta los corazones de los discípulos: la luz de la Palabra. En el gesto eucarístico encontrará su plenitud, en plena comunión con el Maestro: «Entonces sus ojos se abrieron y lo reconocieron» (Lc 24,31).

El Resucitado

Con discreción, Jesús emprende nuestro camino, «se pone en el medio», habitando nuestra historia, nuestras preguntas. Él cuestiona y escucha tanto a quienes expresan su decepción como a quienes la mantienen en silencio en sus corazones: «Jesús mismo se les acercó y se puso a caminar con ellos» (Lc 24,15).

La estrella

Dada por el Resucitado, es el signo de la evangelización: «Ellos contaron lo del camino y cómo lo reconocieron al partir el pan» (Lc 24,35).

El pergamino

El misterio de la salvación se revela en el diálogo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. «Y empezando por Moisés y todos los profetas, les interpretó lo que sobre él hay en todas las Escrituras» (Lc 24,27).

El bastón

Delgado e incierto, como todas las certezas humanas, expresa la fragilidad de los discípulos que «se detuvieron entristecidos» (Lc 24,17). El Resucitado les da fuerza con la Palabra «viva y eficaz y más aguda que espada de dos filos... capaz de juzgar los sentimientos y los pensamientos» (Heb 4,12).

Los pies

El Resucitado comparte los pasos del hombre y el poder de su Palabra sabe cómo dirigirlos en la dirección correcta porque «tu Palabra es una luz para mis pies, y una antorcha para mi camino» (Sal 119,105). Por eso ellos «se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén» (Lc 24,33).



